



Émile
Reiz

PLVS
VLTIA

1492~OCTVBRE~1916

Flores de Primavera



IPIERBIOTINA MALESCI

hace mujeres sanas, fuertes y
bellas, convirtiendo a la planta
de salón en arbusto resistente
y vigoroso.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci
Firenze (Italia)

Inscrita en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO Unico Concesionario - Importa-
dor en la República Argentina

VIAMONTE, 871 - Buenos Aires



BUZOS PESCANDO OSTRAS PERLÍFERAS.

LA INDUSTRIA DE LAS PERLAS

secretos, se emplea con buen fruto.

El principio en que se apoyan estos métodos descansa en una verdad comprobada, la cual podríamos formular de la siguiente manera, parodiando el conocido cartel fijado en el redil del venerable ciervo de nuestro Jardín Zoológico: «Se recomienda irritar a la madreperla».

En efecto, parece que la perla es una enfermedad de la madreperla, una especie de cálculo mórvido. Estos cálculos pueden ser producidos por diversas causas: lesiones orgánicas, excitaciones debidas por cuerpos extraños, presencia de parásitos, perforaciones de la envoltura calcárea, etcétera.

Aprovechando esta verdadera debilidad de la ostra, los pesca-

dores se convierten en sembradores de perlas, o mejor dicho, en envenenadores de madreperlas. Algo así como el célebre método de proveernos de *pâte foiegras*, a costa del hígado del pato.

Respecto a la manera de realizar la pesquería, se ha abandonado, casi por completo, los procedimientos antiguos. Los esclavos de Ceylán y los buzos de Corfú, que descendían a varios metros de profundidad agarrados a una cuerda provista de un pedrusco, sin otro aparato que sus fuertes pulmones, han sido substituídos por los buzos de escafandra. Esto aminora los peligros, que, sin embargo, son aún muchos.

Así pueden recolectar más cómodamente las ostras perlíferas para luego depositarlas en criaderos especiales, donde se somete a las estériles a ese tratamiento que ha de provocar la formación de perlas.

Las ostras que se pescan y benefician en Australia pertenecen a un género característico de la zona comprendida entre el Mar Rojo y las costas australianas: la *meleagrina margaritifera*, subdividida en las especies *meleagrina muricata* y *fucata*.

Las madreperlas americanas se dividen en dos especies: la *meleagrina Califórnic*, que se pesca en el golfo de California, y la *melea-*



ABRIENDO LAS MADREPERLAS.

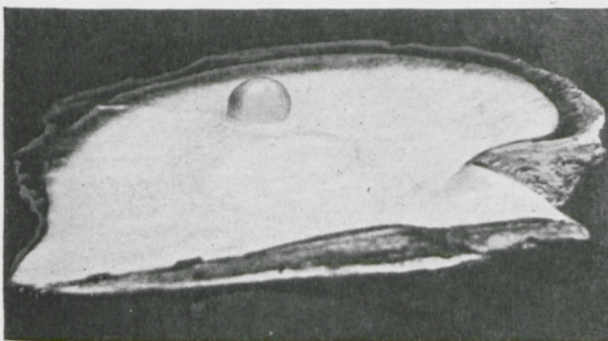
Desde la más remota antigüedad se conoce el arte de obligar a las madreperlas a que produzcan perlas artificiales. Instigado por la sed de riquezas, el hombre acude a esos Potosíes perlíferos existente sbajo la superficie del océano. Son innumerables los aventureros que desdennan el oro prefiriendo la pesca de las ostras, donde se cría ese maravilloso adorno de las mujeres y de las coronas.

Pero es tanta el ansia de lucro, que se buscó y encontró el modo de hacer que la naturaleza se falsificase a sí misma. Los japoneses y los mejicanos hicieron grandes adelantos en la materia. Los europeos y australianos que en las costas de Australia se dedican a pescar perlas, son en la actualidad quienes mejores resultados logran. Un método científico, que tiene sus procedimientos

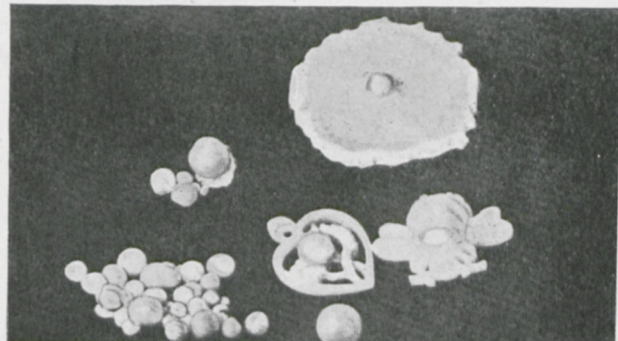
grina squamosula, en las costas del Perú, Costa Rica, Panamá y en las Antillas.

Aunque la industria perlera se haya modernizado, en cuanto al empleo de métodos de laboreo, los pescadores siguen usando para sus expediciones el clásico buque velero de poco calado y tonelaje. En la época propicia estos barcos se reúnen en escuadrillas a lo largo de la costa donde abundan los bancos perlíferos. Allí se recogen las madreperlas y se prepara la cosecha para el año siguiente.

Una verdadera novela es la vida de estos trabajadores del mar, o caballeros de industria del océano. Aunque las autoridades vigilan del orden, la codicia interrumpe a menudo la paz, y sobrevienen riñas y latrocinios.



PERLA DE GENERACIÓN ARTIFICIAL.



OBJETOS NACARIZADOS.

¿SUFRE Vd. DEL ESTÓMAGO?

¿No tiene apetito? ¿Digiere con dificultad? ¿Tiene gastritis, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos? Después de las comidas, ¿tiene eructos agrios, pirosis, vahídos, pesadez de cabeza, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón? ¿Tiene usted DISPEPSIA y dolores al vientre, a la espalda, vómitos, diarrea? ¿Se altera con facilidad, está febril, se irrita por la menor causa, está triste, abatido, tiene por las noches sueño agitado? ¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curarle? Tome el famoso STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, y recobrará la salud. Treinta años de fama universal. Venta Farmacias y Droguerías, en frascos grandes y chicos. Pidan folletos a Carlos S. Prats, San Martín número 66, Buenos Aires.





Brindar a sus relaciones Oporto "Ancla" DOM LUIZ, es evidenciar buen gusto y distinción. Este gran vino generoso reúne todas las condiciones de un obsequio delicado: halaga al paladar, tonifica y deleita, a la vez que por su situación privilegiada le incumbe ser un activo factor de culta sociabilidad.

Conviene se fije bien en la botella adjunta, y pida claramente Oporto "Ancla" DOM LUIZ.

INSECTOS GIGANTES



LA "TROIDES ALEXANDRA", MARIPOSA GIGANTESCA QUE MIDE 30 CENTÍMETROS DE PUNTA A PUNTA DE LAS ALAS.

Ni los lepidópteros han dejado de aprovechar la maravillosa eficacia de la pólvora. Por su tamaño, por la delicadeza de su estructura, las mariposas deberían encontrarse fuera del radio de acción de la escopeta. Pero resulta que no solamente la luz que alumbra es su enemigo; también han de temer el resplandor de los fogonazos. Existen mariposas que por sus dimensiones brindan al cazador un buen blanco, el más delicadamente coloreado y policromo de los blancos.

La *Troides Alexandra* puede atestiguar la verdad de la anterior afirmación, ya que los coleccionistas la persiguen a tiros con una tenacidad incansable. Y puede decirse que esta cacería es mucho más difícil que las cacerías de fieras.

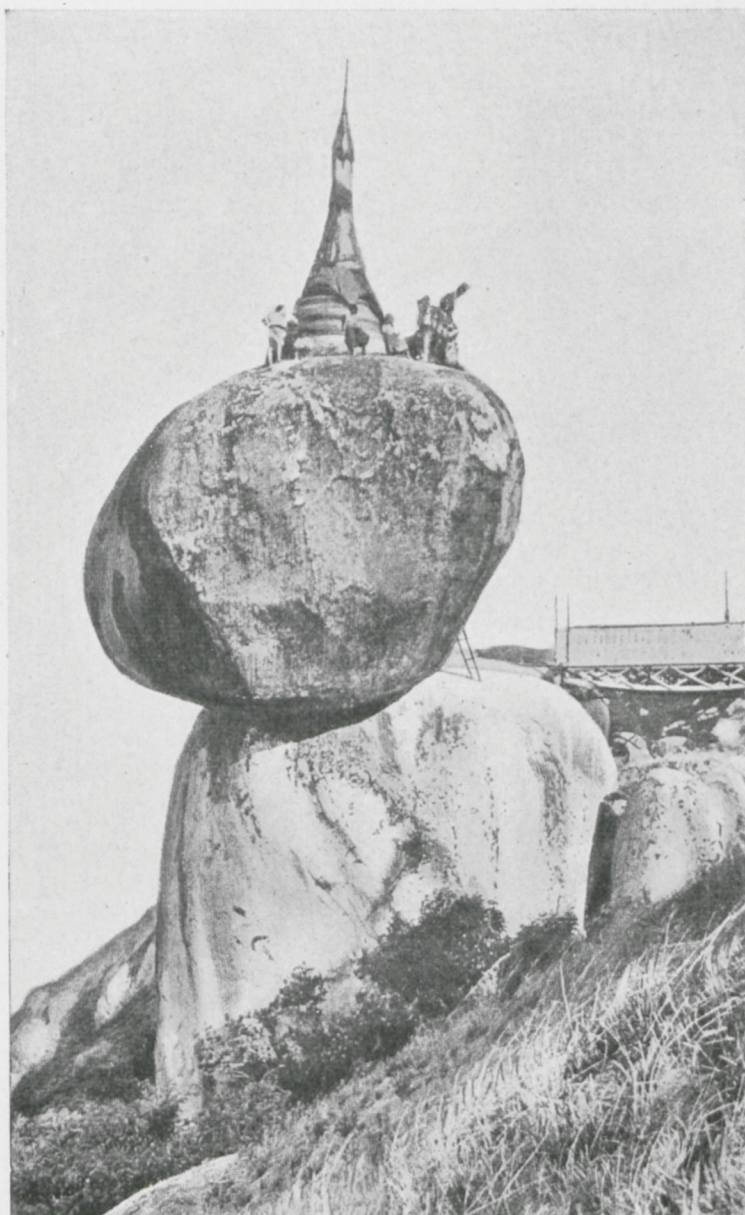
La mariposa *Troides Alexandra* se encuentra en la región septentrional de la Nueva Guinea. El primer ejemplar fué obtenido por Mr. A. L. Meck y era una hembra. Le disparó un tiro con un fusil corriente y lo envió por correo, para su identificación, a Fring Park, en donde Mr. Walter Rothschild, el gran coleccionista, tiene su famoso museo.

Allí se reconoció que se trataba de una especie completamente nueva, y se manifestó el deseo de tener un ejemplar macho, que Mr. Meck consiguió dos o tres años después. Los machos de esa variedad son extremadamente raros y bastante menos gigantescos. Sólo se les ve, a ciertas horas del día, en los árboles cuyas flores están muy altas. Es posible esperar muchos meses antes de ver un macho, al paso que las hembras se ven con cierta frecuencia. Mr. Meck asegura que es una de las mariposas más grandes que existen, sino la más grande: las ha cazado hasta de once y media pulgadas (unos treinta centímetros), de punta a punta de las alas. Solamente la *Troides Goliathia* puede competir en tamaño con la *Troides Alexandra*.



OTRO EJEMPLAR DE "TROIDES ALEXANDRA", NOTABLE POR SU TAMAÑO Y RIQUEZA DE COLORES.

UN TEMPLO SOBRE UNA PIEDRA MOVEDIZA



CURIOSA PAGODA CONSTRUÍDA SOBRE UNA PIEDRA MOVEDIZA, EN KYAIK - TI - YO (BIRMANIA).

Existe en Kyaik-Ti-Yo (Birmania) un pedrusco tan colosal y movido como nuestra oscilante *ex piedra* del Tandil. La naturaleza titánica y potente, jugando a los cataclismos, ha superpuesto aquella mole sobre una base de granito para dar noción de lo que es capaz.

Y la devoción de los budistas birmanos aprovechó el pedrusco, sobre el cual ha erigido una pagoda que, vista desde abajo, parece un juguete infantil, a pesar de sus ocho metros de altura.

La extraña ermita, consagrada a Sakya-Muni (Buda), forma un solo cuerpo con la piedra y semejante a ésta, desafía el embate de otros cultos enemigos de la luz amorosa y justa que predicó el apóstol asiático. El huracán, que es una pasión de la naturaleza, hace oscilar la mole, las lluvias socavan sus cimientos; mas hasta ahora no pudieron destruirla. Otras religiones y otras filosofías pretenden dar al traste con el budismo; la prédica continua y el ejemplo de los misioneros cristianos atacan los cimientos de aquel culto. ¿Quién terminará antes su movediza existencia? ¿El pedrusco o la ermita? Tal vez perezcan al mismo tiempo.

Mientras tanto, un tailapino, un ermitaño amarillento, silencioso, grave, un estilista del Extremo Oriente, consagrado a la meditación, al ayuno y al rezo, espera, imitando los actos de su maestro Buda, que la muerte desligue su alma perfecta del imperfecto cuerpo para ir a reposar en el nirvana.

Y los devotos birmanos hacen piadosas visitas a la pagoda para llevar al ermitaño sus ofrendas.

Maravillas misteriosas son esta fe que firme se mantiene sobre la débil base del espíritu humano, resistiendo a los embates de la duda, y esta piedra, milagro de equilibrio y testimonio del poder de los elementos.

-PLVS VLTRA-

Está comprobado que no hay nada que pueda sustituir para las neuralgias, jaquecas, dolor de cabeza, a la

NEVRALGINE MERICI

Un solo sello quita el dolor en 10 minutos.
EN LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

GATOS DE ANGORA

SANGRE PURA, BLANCOS Y DE COLOR

EN VENTA:
"VILLA EXCELSIOR"
CALLE JURAMENTO, 5148
VILLA URQUIZA (CAPITAL)

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»
Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 ").....	" 6.— "
Año (12 ").....	" 11.— "
Número suelto.....	" 1.— "

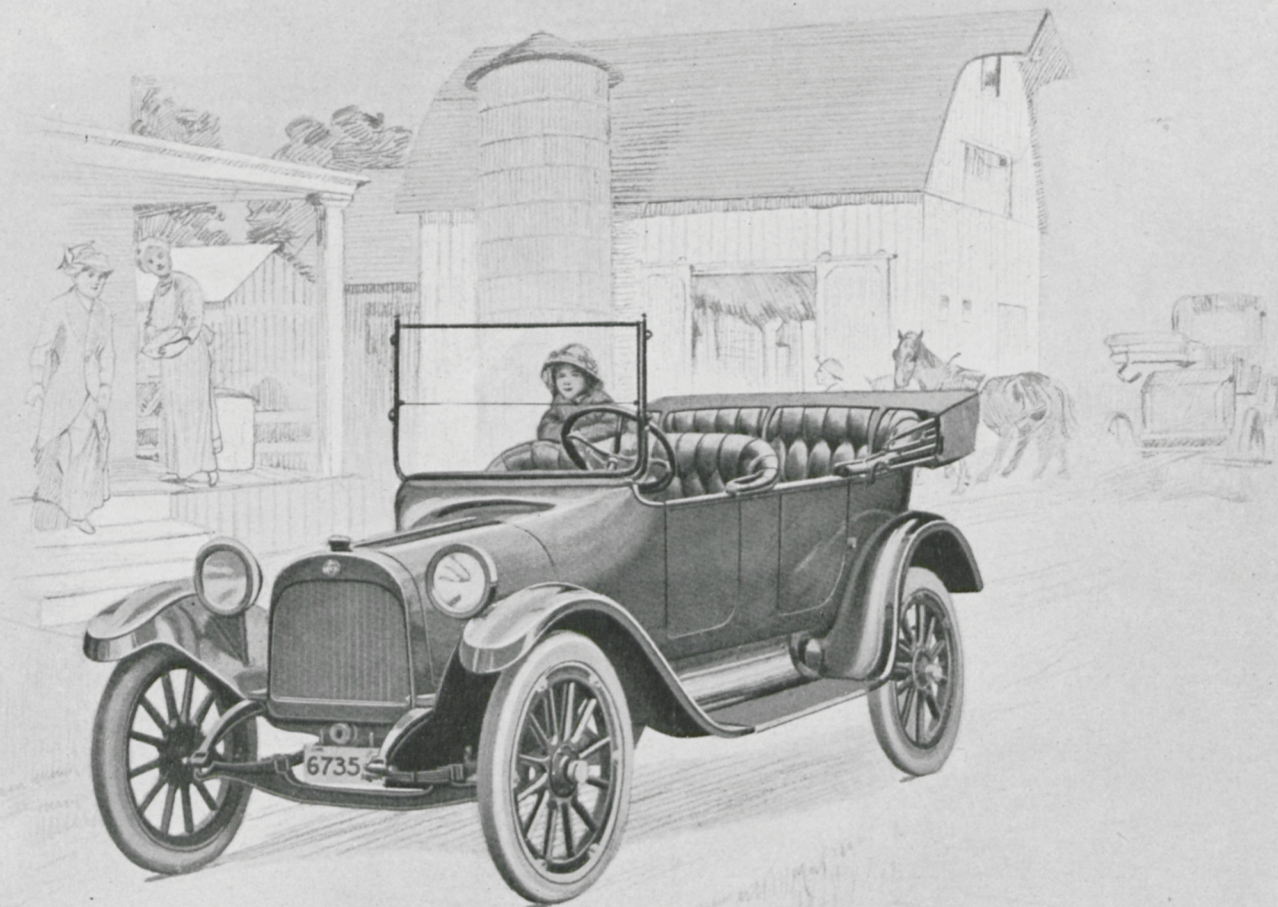
EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	" 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



AUTOMOVILES DODGE BROTHERS



El motor es de 30-35 HP.
El precio de la voiturette
o del doble faetón completo
es de \$ m/n. 3.200 (sobre
vagón Buenos Aires).

JULIO FÈVRE hijo y Cía.

REPRESENTANTES

Calle Bermejo, 940

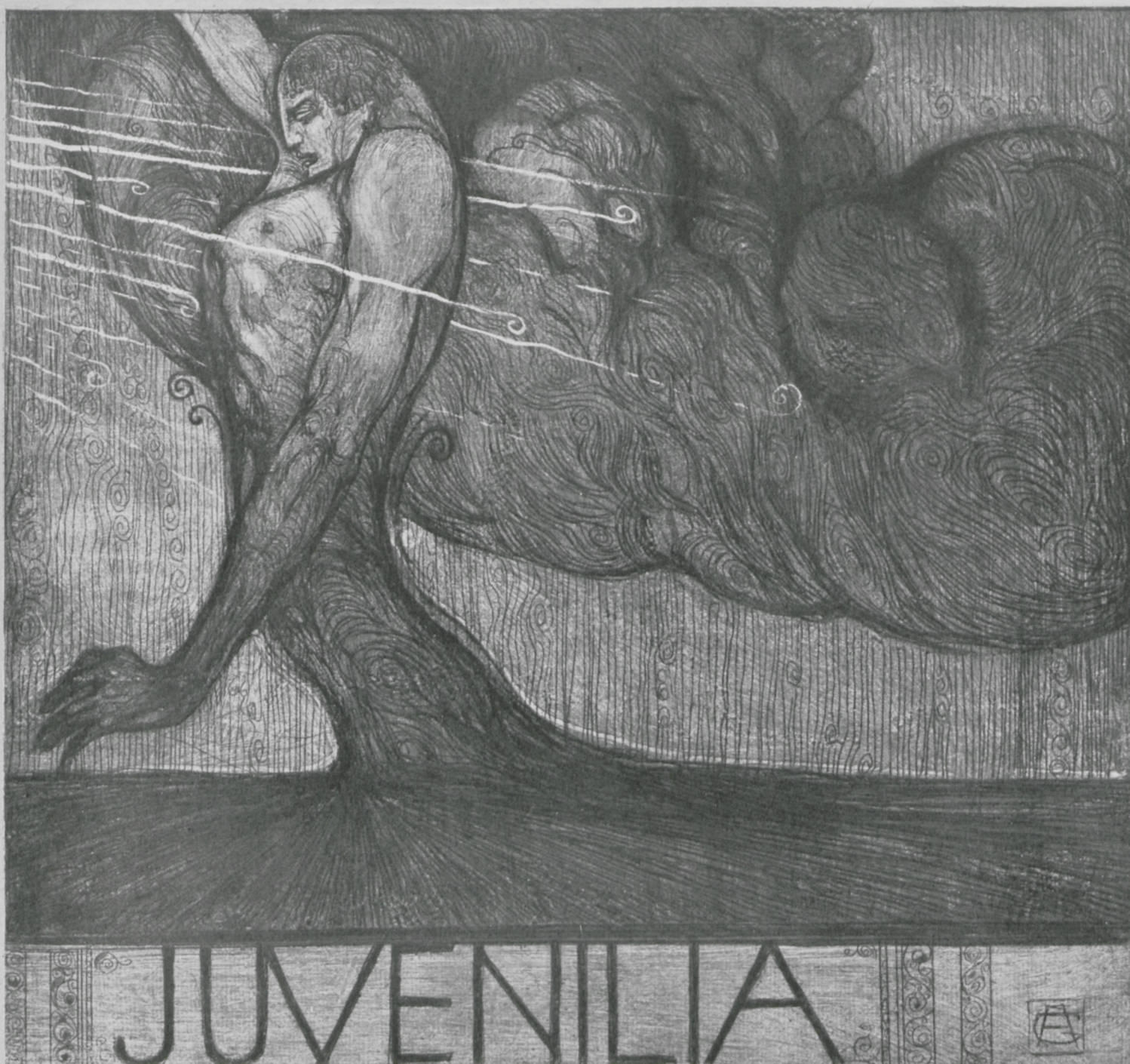
Talleres mecánicos
y fabricación de piezas



El País
1914



EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON
HIPÓLITO IRIGOYEN
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
ARGENTINA



Felices los jóvenes. Ignoran la esclavitud de las opiniones consagradas y no sufren la coyunda de errores que otros cometieron. Pueden mirar hacia adelante sin angustias de remordimiento y esparcir semillas vírgenes en surcos nuevos, como si la historia comenzara en el preciso momento en que ellos forjan sus ensueños.

El porvenir pertenece a los que no tienen complicidad con el pasado; es necesario estar libres de prejuicios crepusculares para estremecerse al contacto de ideales que incesantemente se renuevan. Toda futura grandeza, en nuestra América, está en manos de la juventud que estudia, preparándose a vivir intensamente una era nueva de la civilización humana. Una sola generación de estudiosos bastaría para dar a estos pueblos personalidad en el mundo, creando una nueva moral, plasmando formas originales de arte, agregando verdades firmes al acervo de las ciencias, inspirando la vida común en generosos preceptos de solidaridad social.

Pensar en el porvenir, con insaciable afán de perfección, es la manera más firme de preparar altos destinos a las razas nacientes. Está en formación otro mundo moral, libre de las tradiciones rencorosas que envenenan el arcaico espíritu de Europa; procuremos infundirle ideales nuestros y virtudes nuestras, cuyo conjunto constituya una etapa distinta de las pasadas en la historia de la humanidad.

Una nueva nación debe significar algo más que un nuevo estado político. Importa una nueva cultura, un nuevo criterio para medir los valores

sociales, una nueva orientación del ideal colectivo hacia conquistas propicias a la ventura de los hombres. Todo ritmo de civilización puede reducirse a términos de una fórmula sencilla: conquistar la felicidad de todos, evitando los comunes sufrimientos.

Refúgiense en el ayer los hombres y las naciones exhaustas, que ya no tienen mañana. Los ideales contemplativos son propios de la senectud, para la que «todo tiempo pasado fué mejor»; los ideales constructivos son propios de la juventud, pues ella sabe que «todo tiempo a venir será mejor». Los jóvenes deben explorar rutas desconocidas, en busca de inspiraciones y de estímulos para la vida humana: hay sistemas de sentimientos, de pasiones, de ideas, de actos, que implican vehementes anticipaciones. Quien tenga avidez de pensar por sí mismo no se detenga a rumiar lo que otros pensaron, ya que el hombre y la sociedad son susceptibles de ilimitados perfeccionamientos.

Los que sólo piensan en el presente y viven hartándose con satisfacciones inmediatas, son factores negativos para el porvenir. Son fuerzas eficaces los que miran alto y lejos, aunque no puedan cosechar en vida los frutos de su siembra. Hay, para los soñadores, una justicia segura, la de sus hijos, que son la posteridad.

Bienvenidos los jóvenes quiméricos que construyen el mañana, anhelándolo, pensándolo, haciéndolo. En ellos pueden adunarse la capacidad para el trabajo y el entusiasmo para la cultura, fuentes naturales de toda grandeza colectiva. Los

pueblos que marcan su paso por la historia son los que ejercitan más intensamente las virtudes del pensamiento y de la acción.

El hombre que trabaja es optimista y es justo; cosecha los frutos de su huerto y respeta los frutos del esfuerzo ajeno, estimando el mérito de los otros hombres y sintiendo la comunión de todos los esfuerzos. El hombre que piensa elabora los destinos comunes, sirve a su pueblo entero, preparando los ideales que lo encaminan hacia un norte expansivo y fecundo.

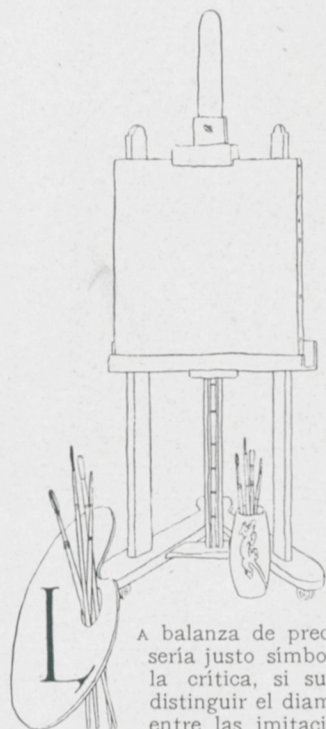
Estudiar es el trabajo de la juventud, pues da inteligencia para la acción, que es la vida misma. Descifrar la naturaleza, en las cosas que la constituyen y en los libros que la interpretan, es multiplicarse. El ritmo con que diariamente aprendemos más, la estoica labor del que sabe escrutar la verdad y construir la ciencia, la beatitud serena del que se juzga fuerte porque sabe, frente a los que son débiles por ignorancia, elevan el entendimiento y ennoblecen el corazón, templan el carácter en la dignidad y preparan hombres cada vez menos imperfectos.

Una generación estudiosa puede marcar destinos nuevos a América; su civilización palpita en manos de los jóvenes. Nuestro siglo está ya cansado de viejos y de enfermos, harto de sombras que se agitan en la maldad y en la sangre. Todo lo espera de una juventud viril. Desea hombres, capaces de amor y de solidaridad.

JOSÉ INGENIEROS.

AGUAFUERTE DE GUIDO.

SEXTO SALON ANUAL DE ARTE



A balanza de precisión sería justo símbolo de la crítica, si supiera distinguir el diamante entre las imitaciones.

el medicamento beneficioso entre los malsanos, y si en la conciencia de los críticos pesasen los escrúpulos como arrobos. Aparte de esas deficiencias, la balanza de precisión es un gran ejemplo. Aunque todo lo más fiel posible, siempre se inclina hacia la salud, cuando dosifica drogas; hacia la hermosura, cuando aquilata pedería. Con esto hay bastante, pues en cuestiones artísticas, como en trabajos de químicos y joyeros, la báscula resulta una máquina excesiva. Añadamos que la crítica necesita precaver la temperatura, aislarse del aire y defenderse de la humedad, si quiere imitar a la útil y concienzuda balanza de precisión.

La hermosura y la excelencia no son cosas del otro mundo; se las halla, acompañadas de fealdades y defectos en toda obra. También las hay sobre las paredes y suelos de las salas que encierran la sexta tentativa de conjunto que realizaron las artes plásticas nacionales, sin formar todavía el ansiado Salón Nacional de Arte.

El esfuerzo individual puso allí 224 cuadros, esculturas, planos y objetos decorativos. Algunas de esas obras son de artistas ya consagrados, y fueron mezcladas con las que aspiran a premios. Quiso así vigorizar el certamen; pero, buscando la ley de las compensaciones, se ha caído en el abismo de las comparaciones, que a nadie benefician.

A primera vista y dejando a un lado optimismos



EL JURADO. — DE IZQUIERDA A DERECHA: MARTÍN S. NÖEL, ARTURO DRESKO, PÍO COLLIVADINO, TORCUATO TASSO, ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN, RICARDO GUTIÉRREZ (SECRETARIO), ALBERTO LAGOS Y EDUARDO LANÚS. — EN CÍRCULO: SEÑORES JOSÉ LEÓN PAGANO Y CUPERTINO DEL CAMPO.



perjudiciales, en total, aquella exposición parece de aficionados meritorios. Examinada lentamente, se van descubriendo rincones y sitios que el arte hizo suyos.

¿A qué engañarnos? Pocos cuadros de composición, ninguno que satisfaga por completo, ninguno que se destaque resueltamente. Los artistas no han querido vencer obstáculos ni sus obras se inspiraron en grandes ideales.

La galantería, ese supremo gusto de rendir homenaje a la dulce femina, no es muy refinada: no llegarán a la docena los rostros pintados cariñosamente, ni pasarán de dos los cuerpos esculpidos con ternura.

Bien es verdad que la carencia de ambiente, que las deformaciones de la belleza mujeril son casi universales. Se busca la originalidad mediante el menor gasto de espíritu y con el mayor derroche de color. Y para ello se sacrifica todo, se retuerce todo, mientras los críticos pintan pintores y esculpen escultores.

Como la independencia artística argentina aun no se proclamó, debemos sufrir pacientemente las enfermedades que sufren los maestros y aprendices del mundo, las anemias paisajistas, las histerias del retrato, la neurastenia de la composición, el daltonismo, la discromatopsia...

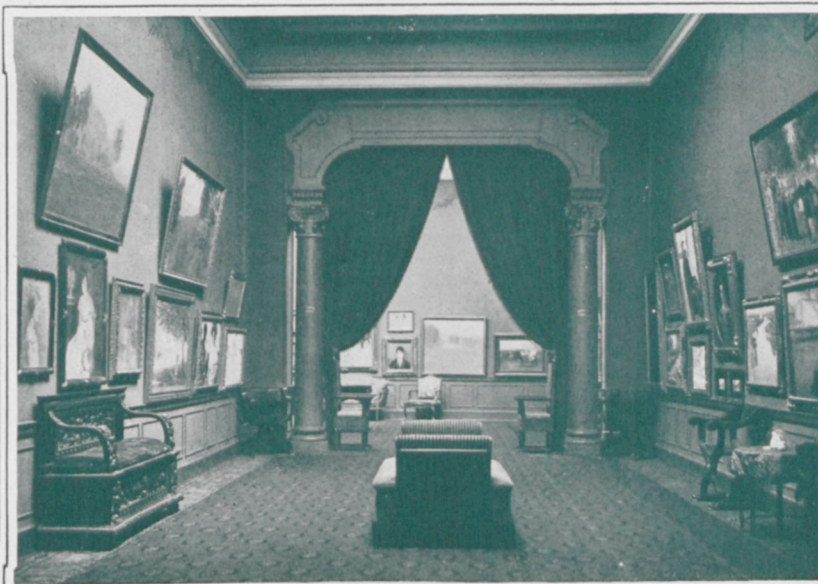
Se observa claramente el reflejo de formas y maneras conocidas, dejándose arrastrar nuestros noveles artistas por la influencia de los maestros que con sus obras marcaron su huella. Y si aceptamos complacidos lo que con ellas nos enseñaron, rechazaremos como un mal imperdonable las imitaciones que en ningún caso dieron provechoso fruto.



«DE VISITA», ÓLEO DE RAÚL MAZZA, QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO.



RETRATO DE LA SEÑORA C. DE WIL-MART, POR ANA WEISS DE ROSSI.



SALA II DE PINTURA.



«ARMANDITO», YESO DE JOSÉ FIORAVANTI.

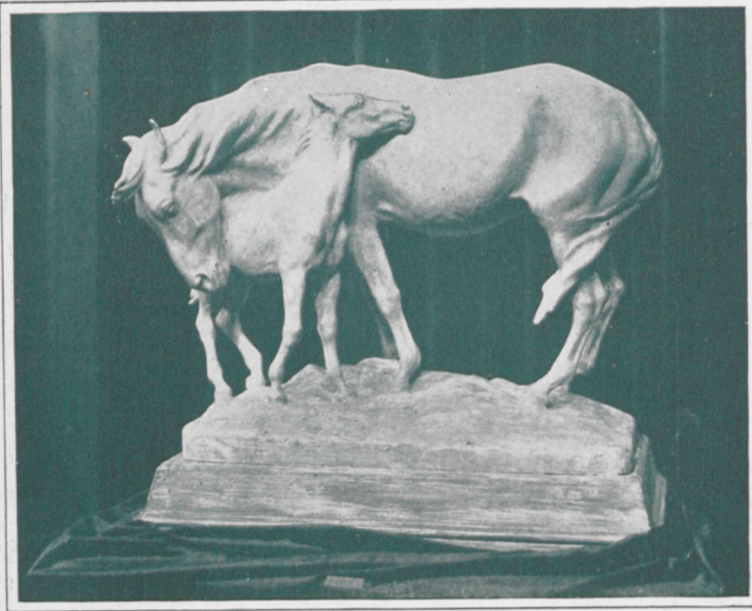
SEXTO SALON ANUAL D'ARTE



«LA NIÑA DE PALERMO»,
ÓLEO DE AUGUSTO MARTEAU.



«TENDRE SOUVENIR»,
ÓLEO DE LUIS BONI.



«TORMENTA», YESO
DE E. J. SARNIGUET.



«AUTORRETRATO», ZU-
LEMA BARCONS (ZULA).

Por eso no nos cansaremos de repetir el vulgá-
risimo consejo que en este caso tiene más aplica-
ción que nunca: Hay que trabajar, trabajar y
trabajar; pero conscientemente, sinceramente, mi-
rando tanto hacia afuera como hacia adentro; y
con tenacidad, sin apresuramientos, sin improvi-
saciones, dándose cabal cuenta del largo camino
a recorrer, para emprenderlo con paciente resolu-
ción, renunciando a los éxitos inmediatos e im-
provisados, que jamás llegan en esta forma.

La mayoría de los juicios coinciden en reconocer
un progreso sobre las obras expuestas en los cer-
támenes anteriores. No estamos conformes: la im-
presión nuestra es bien distinta, y si alguna in-
fluencia puede ejercer nuestra modesta opinión,
declaramos lealmente que no hemos podido des-
cubrir el adelanto, hallando en cambio un estan-
camiento, una parálisis que deseamos y esperamos
sea transitoria.

No se ha encontrado todavía la fórmula para im-
provisar una obra artística. Los que quieren conse-
guirlo obrando por explosión se equivocan lamen-



«EL MATE DE PLATA», ÓLEO
DE ALFREDO BENÍTEZ



«MADRE E HIJA», ÓLEO
DE JULIA M. COPUTO.



«HOMENAJE AL GAUCHO», BOCETO EN
YESO, POR JORGE BLANCO VILLATA.



«MANOLA», ÓLEO DE
GREGORIO LÓPEZ NAGUIL.

SEXTO SALON ANUAL D ARTE.



«CABEZA DE ADOLESCENTE», MÁRMOL DE NICOLÁS LAMARINA.



«MARÍA DE LAS NIEVES», ÓLEO DE ANA WEISS DE ROSSI.



«RETRATO DE LA SEÑORITA M. C.», ÓLEO DE LÍA GISMONDI.



«NOSTALGIA», ÓLEO DE EMILIO CENTURIÓN.

tablemente; y el tiempo que se pierde en tentativas estériles podría aprovecharse laborando con entusiasmo para no malograr el fruto. La falta de dibujo es una de las características de este certamen; y como es preciso una gran dosis de paciencia y una gran fe para vencer las rebeldías de la línea, de ahí que se esquiven sus dificultades, tratando de engañarlas con originalidades y atrevimientos de muy mal gusto. Porque es inútil, ya a nadie convence el conocido sistema que sirve de escudo protector y que se emplea con harta frecuencia: «yo siento así el arte», sin tener en cuenta la gran distancia que existe de sentirlo a realizarlo; y en pocos casos como éste, puede aplicarse la célebre frase de un conocido escritor: «¡Qué largo es el camino que hay del cerebro a la mano!»

No tenemos la pretensión de haber dado la nota justa con estas opiniones, que en suma no son más que un juicio sincero que debe sumarse a los otros juicios ya conocidos, y que, todos juntos; (no tenemos el menor reparo en confesarlo) aumentan la desorientación y la anarquía que hoy es la nota descollante que domina en el campo del arte... y en el de la crítica.

J. M. SALAZAR.



«ÚLTIMOS RAYOS», ÓLEO DE RAÚL C. PRIETO.



«MURCIANAS CON POLLOS», ÓLEO DE JULIO VILA Y PRADES.



«LAS SEÑORITAS», ÓLEO DE GASTÓN JARRY.





Los dioses karos

por Carlos Roxlo

Aquí, sobre el estero y sobre el río,
El martín pescador vuela y fulgura,
Cuando doran las mieses su verdura
En los llameantes hornos del estío.
Es su pecho encarnado
Un rubí que a los aires centellea,
Y su lomo se azula o se verdea
Por la luz estival tornasolado.
De pronto se zambulle, reaparece
Y veis, en su delgado
Y negro pico, un pez que resplandece
Como joya robada
Al triple tul, flotante y azulada
Con que cubre sus hombros la sagrada
Náyade del cristal de la cañada.

Aquí, bajo los rojos
Lamparazos del sol de nuestro cielo,
La pintada perdiz, de vuelo en vuelo,
Recorre la quietud de los rastros.
Aquí su ardiente pulidez ostenta,
En su bastón con nudos sostenida,
La espiga codiciada, succulenta
Y en su pajizo estuche guarecida,
Donde madura el rubicundo grano
Del morocho maizal americano.

Ceres, aquí, se baña en los efluvios
Del índico chañar. El aire vuela
Para besarla los cabellos rubios,
Que las manos amigas
Del ninfeo escuadrón ciñó de espigas
Y ciñó de amapolas. Cada noche,
Cuando la luna en los bañados riela
Y sus punzos aguzan las ortigas,
Se ve pasar su marfileño coche
Que arrastran, diligentes,
Jaguas y serpientes.
Siembran sus protectoras
Y maternas manos,
Por cumbres y pendientes,
Por umbrias y llanos,

La red de las trepantes pasifloras,
El macachi, la salvia, la marcela,
Y el junco que festona las corrientes
Y el sueño azul de las ondinas vela.

Ceres, la que enseñó la agricultura
A los hombres primeros, ama el nido
Del picaflor, labrado y escondido
En el verde dosel de la espesura.
A las luces inciertas
Y de tintas liriáceas
Del destello lunar, las solanáceas
Hace surgir en las campestres huertas.
Su ropaje celeste, que ha entallado
Con cinturón de juveniles rosas,
Da motivo a que vaya custodiado
Su coche por nocturnas mariposas.
Luciendo así sus policromas galas
Tras el coche con bridas de azucenas,
Susurran el cuarteto de sus alas
De brújicos encajes las hepialas
Y gnómicos tisúes las zigenas.
Cuando el terruño cruza la bendita
Deidad de los maizales, sus vigores
Siente crecer el viraró, palpita
El curupí meciendo sus verdores,
Y a la luz de los astros, con sigilo,
Se besan el estambre y el pistilo
En la copa nectárea de mis flores.

Ceres esculpe, — dándoles el brillo
Que ostentan en sus frutos, — las panojas,
Y del guindal las lanceoladas hojas,
Y las aovadas hojas del membrillo.
Ceres, con su hechicero
Influjo, aromatiza el duraznero;
Embellecta a la flor de la barranca
Con el joyal redondo y amarillo
De su gentil circunferencia blanca;
Tiende, sobre el timbó, la enredadera
De ñapingá; colora de negrura
El tronco de los molles; empurpura
El cáliz de los ceibos; y en la arnera,
El haz de la apretada gusanera
En lucientes cucuyos transfigura.

No os dijo aún mi musa quintañona
Que en el ebúrneo coche reclinada
Va otra ilustre y pulquérrima matrona:
Es la rival de Ceres, la sagrada
Y divina Pomona.
Su origen es etrusco; los helenos
Su nombre y su virtud desconocían;
Roma besó las puntas de sus senos
Que a fresa y dátíl dicen que sabían.
Pan la ofrece, en tributo

De adoración, el fresco y dulce fruto
De los guayabos; el gentil racimo
De las vides salteñas; el opimo
Licor de miel de las naranjas de oro;
La drupa del palmar; de los manzanos
El acidulo néctar; el tesoro
De zumos de los tiernos macachies
Que tintorean nuestros verdes llanos,
De la granada el globo de rubies,
De los burucuyús los rojos granos,
Las succulentas moras del zarcero,
De los ñangapirés las esferillas,
Los granates del manto del guindero,
El pulido coral de las frutillas,
Y las monteses pomas
En donde rezan su canción de aromas
Del membrillo las carnes amarillas.

De las diosas benéficas el coche,
Que nacaran las luces de la noche,
Jovial dirige, con sapiente mano,
El rústico Silvano.
Mirad y notaréis, en el pescante,
El bastón de ciprés con que arrogante
Doma las furias del jaguar sañudo
Y al carnicero cimarrón arredra
El viejo semidiós, casi desnudo
Y coronado de silvestre hiedra.

¡Guardián de nuestras reses y celoso
Paladín de los árboles nativos,
Cuida de las ovejas el reposo
Y haz que encumbren altivos
Los ubajáes su dosel frondoso!
¡Sean nocturno asilo de las alas
Aborrecidas por las sierpes rojas,
De nuestros sauces las argéneas hojas
Y el obscuro verdor de nuestros talas!
¡Que el yaribá al salvaje
Churrinche dé refugio en su follaje
Y que el pecho amarillo
Perfume su plumaje
En las ramas en flor del espinillo!
¡Oh, mi terruño de ondulantes cuestas,
El de planicies de enceradas mieses,
El que forja con oros de sus puestas
Las policromas manchas de sus reses,
Que el cielo te bendiga
En el nido, en el trébol y en la espigal!
¡Que por todos los siglos, donde canta
El zorzal los repiques del verano
Y la ceiba sus púrpuras levanta,
Triunfe la majestad radiante y santa
De Ceres, de Pomona y de Silvano!

DIBUJO DE ÁLVAREZ.



DE LA GALERÍA DE DON LORENZO PELLERANO.

PRIMAVERA

GOUACHE DE EDGARD MASCENCE.

Juegan los niños

Por FERNANDEZ MORENO

Jesús, Príncipe de Niños, mueve, al pasar, los rosales del cielo; las divinas rosas se deshojan blandamente y he aquí, que los jardines de la tierra se pueblan de criaturas.

Hilaria la Virgen el albo lino, y el bueno de José, en su santo taller de carpintero, llenaría el suelo de aserrín de oro y de virutas blancas y rizadas. Cansaría de jugar el Niño Celeste y, sacudiéndose la corta túnica violeta, ceñida con un cinturón de estrellas, se iría a jugar en la pradera próxima, bajo el benigno cielo de Judea, con otros niños vecinos, que verían, con asombro, como, al correr, el Niño Dios dejaba perfumado el aire y luminosa la hierba que pisaba.

Juegan los niños casi desde que nacen. A jugar vienen al mundo. No tienen otra cosa que hacer sino jugar.

En el regazo de la madre, mientras beben ávidos la vida, tienden al aire las manos inexpertas, como si quisieran atrapar mariposas invisibles ya para nuestros pobres ojos envejecidos. Traen, sin duda, el recuerdo de blancas cacerías por azules campiñas, en alada amistad con ángeles y serafines.

O sueltan bruscamente el pecho generoso y se quedan pasmados, con los ojos fijos en los de la madre, para jugar con ellos un claro escondite de miradas.

Desnudos en las cunas doradas, juegan a agarrarse los pies, y como nunca aciertan y hasta parece que se ponen serios, se desbordan sobre las carnes de nácar los besos y las risas de la maternidad feliz y las alcobas se llenan de innumerable alegría, como si por ventanas y balcones, irrumpieran las ramas de cien florecidos durazneros.

Más tarde, hecha esa gran conquista del primer paso, de silla en silla, apoyándose en las paredes, juegan a desgarrar la blanda de un helecho, a hacer pedazos la más fina porcelana, a deshojar el más lindo y luminoso libro de imágenes.

Y es de ver, con qué asombro en los ojos, con qué sonrisa en los dientecitos de arroz, comentan en silencio, la indignación fingida de las personas mayores.

Juegan los niños. En los palacios sonoros, los hijos de reyes y de millonarios, jugarán con piedras preciosas y complicados juguetes de plata y marfil, bajo las miradas de los preceptores, rígidos de casacas bordadas y antipáticas de consignias; en las cabañas grises, pacíficas de humo de hogar, con montoncitos de arena, con pedrezuelas, con palitos secos, con el rabo del gato mimoso, con las orejas del perro fiel, mientras afuera cae la nieve o la pampa verde se maravilla de su propia grandeza.

Juegan los niños: corren, gritan, cantan, trepan, se arrastran, como movidos por un furor cósmico ineludible.

Los pájaros saltan de rama en rama; las estrellas resbalan por el cristal de la noche; un hilo de agua se deshace en gotas, en perlas... El mundo está contento, radiante, porque los niños juegan gozosamente bajo la misma música callada que hace estremecer a las esferas inmortales...

Un día, despacito, llega de los campos la Primavera y se posesiona de la ciudad.

La ciudad, entumecida de frío, se entrega a la Primavera, que viene con un ramo de flores atado con una cinta de sol, tan larga, que ondula detrás de ella, como una estela de oro impalpable.

¡Afuera los sobretodos pesados y los pequeños guantes y las polainas llenas de mil botones fastidiosos! Ahora sí que los niños parecen vestidos de pétalos de rosas de mil colores!

¿Los veis descender la suave pendiente de aquella vereda, de la mano, al aire las pantorrillas blancas por el invierno, ruidosos, comiéndose la goma de los sombreros? Van a Palermo; a esta pradera, a aquella encrucijada, a tal camino, a cierto grupo de árboles.

Van a la plaza próxima; al parque Lezama,



umbroso y señorial; van irresistiblemente donde haya un césped por el que rodar, un estanque donde echar migas a los peces, un sendero de blanda arena donde se pueda abrir un abismo con una pala, o levantar una montaña con un balde grande como un dedal...

Allí van los niños. Todos los niños de la ciudad. ¿Todos? Un niño me preguntó una vez, un niño pensativo, si a esos parques, que él no conoce, pero de los que oye hablar, Avellaneda, Centenario, Chacabuco, si a esos parques lejanos iban a jugar los niños pobres, los que vendían diarios, por ejemplo...

Yo no supe que contestarle; pero es indudable que sí, que a esos parques tienen que ir los niños grises pobres, los niños pálidos enfermos, los niños de uniformes oscuros que desfilan en serias columnas por las calles. Todos los niños van a todos los parques, todos regresan a sus casas, a desgarrar un helecho más, a romper otra porcelana.

Todos regresan a sus casas con un rutilante torbellino de glóbulos rojos en las azules venas, con algunas columnillas más de sólido fosfato en los

huesos en crecimiento. Todos los niños, mi niño pensativo, todos los niños...

¡Abrios, calles larguissimas, en plazas llenas de flores y de sol! ¡Multiplicaos y embelleceos, jardines de Buenos Aires! Haced blando terciopelo de vuestros céspedes; que los caminos, rubios de arena, se pierdan en las lejanías, en curvas armoniosas; que manen apaciblemente las fuentes, para que en el manso fluir hallen los pueriles corazones una clara lección de serenidad y de perseverancia; que salten esbeltos los surtidores y doblen muy alto su cayado argentino, para que, al seguir los ojos maravillados las irisadas guías, descubran un anhelo, un ideal, en el salto vigoroso que los levanta del polvo de la tierra; que sobre los pedestales fulgure el patriótico ejemplo, en el bronce de los grandes hombres, o dance el mármol, hecho gracia, junto a la dulzura elegiaca de los cipreses verdinegros...

Que todo sea Belleza, Maravilla... Mirad, ¡oh, jardines! que la urbe de hierro y granito os entregue lo mejor que tiene: sus niños, es decir, su Esperanza.



ESTILOS CRIOLLOS EL PELIGRO DE FIRMAR

No vayas a maliciar, sufriente y caro lector, que el asunto de esta página sea narración hechiza, de sucesos inventados para entretener tus ocios en esta apretada época de ahogos y vencimientos.

Me caiga muerto si el cuento que voy a ofertarte ahora no es un jirón palpitante de nuestra vida corriente. Su recuerdo, por lo menos, está así caratulado en los archivos de mi ordenada memoria. Si lo exhumo placentero, es con su cuenta y razón; pues aunque sus contornos asumen los perfiles de lo vulgar, la pulpa de su íntima sustancia encierra un lindo rasgo del picaresco criollo, merecedor de un buen disco en la fonografía literaria.

Y hecha esta explicación, arriba el trapo; que el escenario nos espera ya.

Hace cuatro largos lustros, Cosquín, que entonces era un aprendiz de pueblo, jugaba a las escondidas, entre uno de los tantos recovecos que forman a su antojo las bravas serranías cordobesas.

Lo de su condición oculta era un designio chinagado, pues mientras el caserío se acuchillaba en las sinuosidades del terreno, que si no era quebrado, andaba por declararse en quiebra, un río compadrón, que sabía caminar con corte, pasaba por el pago, como arrastrándole el ala. Pero, ¿de qué modo! A los gritos y haciendo puras gambetas: cosa que todo el mundo se diese cuenta de que allí había una agrupación urbana; cuyo vecindario se aburría por lujo todo el invierno, mientras en el verano era testigo de lo poco que se divertían los forasteros.

Total, que con los barquinazos dados en los pedruscos de su revuelto lecho, el río publicaba «urbi et orbi» el secreto en que las casas deseaban pasar desapercibidas.

Aquella humilde, pero agraciada localidad, recreo de los sentidos, la formaban a escote, una punta de lindas poblaciones; varios palomares con proporciones de templos; una iglesia de albañilería barata, que parecía todo un palomar; un puente ferroviario, afectado de hidrofobia, desde que se apartaba veinte metros sobre el nivel del río... y otras varias frioleras de un orden muy subalterno, que integraban coquetonas el conjunto encantador.

Y todo ello, amparado por el paternal aunque adusto «Pan de Azúcar», consecuente en su actuación protectora, y con la parada propia de quien hace vigilante centinela.

Tal conjunto de factores constructivos, dispuestos sin programa ni concierto, parecía «prima facie» juguete de Nuremberg, hecho para entretención de pichones de gigante. Pero la ilusa apariencia no pasaba de ser eso; mendaz alucinación: porque existen constancias fidedignas de que así las viviendas, como todas las otras obras de fábrica, habían sido hechas en el país, y sobre el terreno mismo de su habitual ubicación.

Lo que no resultaba fabricado en Cosquín, era su río macaneador, que ya venía hecho desde mucho más arriba, aunque mismo naciera entre la

doctoral provincia; dado que en sus continuas murmuraciones se le notaba acento cordobés, de una tonada chichona.

Gracias al empeñoso esfuerzo de algunos buenos galenos, que enamorados del cosquicense clima le habían acordado patente de bálsamo medicinal, el suertudo pueblito entró a dragonear de estación aeroterápica. Y como todavía los tísicos no le arruinaban la factura, buscando los beneficios de su curativo ambiente cuando recién estaban por morirse, la gente sana y ociosa de más de media República, le venía agarrando para el turismo barato.

La alegre caravana sabía caer allí, de a pocos y día a día, arrostrando las penurias de un largo peregrinaje, sin miedo a la sevicia de los hoteles que se estilaban... y donde se estrilaba a voces solas, en coro general de pasajeros. Tales eran el «confort» y el fino trato que por lo regular se les brindaba. La industria de la hospitalidad inhospitalaria llegaba por aquellas latitudes a su período álgido; así es que todos los institutos de pensión parecían obedecer la consigna de sacar de allí, a patadas, a cuantos corajudos parroquianos se animaban al tremebundo abordaje.

Por lo demás, los contados días que los turistas hacían acto de presencia en el Cosquín de mi cuento, podían gozar una cosa bárbara, siempre que en sus billeteiros hubiese buenos «canarios», y a condición de que manufacturasen, por cuenta de su sola iniciativa, las plácidas diversiones capaces de distraerles. El país ponía, por su parte, sus admirables bellezas; vale decir, «la decoración»,

bien digna de los honores de la tarjeta postal: en cuanto a «las representaciones», se me hace que ya lo he dicho; tenían que correr con ellas los visitantes, casi siempre materia dispuesta para amenizar su efímera estadía en aquel delicioso paraíso.

Por las maravillas que atesora aquel país de prodigio, y por la maravillosa facilidad con que podía uno aburrirse sin salir del pueblo, menudeaban las excursiones, las cabalgatas y hasta los «pic-nics». Pero eso era de día y al rayo del sol: por la noche, como no se prefiriese probar fortuna en la casa de juego, discretamente explotada por el digno Comisario de Policía, para pasar el rato menos mal, no había más defensa que leer los avisos de los periódicos, o hacer solitarios con una baraja ya muy jugadita, mientras los jóvenes de uno y otro sexo practicaban ejercicios doctrinales de gimnasia coreográfica, a los desacordados acordes del catarroso piano yacente en cada hotel respectivo.

Las distintas reuniones de aquellos modos tenidas, procuraban inesperados contactos, entre gentes que nunca se habían visto, o que de allí en adelante ya no se podrían ver. Esto no quiere decir que escaseasen las aproximaciones en forma de «temporadas» bailables, a las veces comprometedoras. A más de un Lovelace de ocasión, que cernía allí su vuelo en los aviesos espacios del amor, les he visto dar después el arriesgado «looping the loop» conyugal. No me preguntes, lector, cómo es que han aterrizado.

Gracias a semejante tacto de codos, ejercido en tertulias y paseos, la animosa muchachada se sentía lo más bien, en aquel amable medio; sobre todo, si caían familias pláticas, dispuestas a hacerse ver, colocando, a la pasada, el «stock» disponible de su mercadería feminista, todavía en estado de merecer.

El género excursiones era el más socorrido de todos. Los mocitos sueltos... de cuerpo, se dejaban invitar (como acordándolas una merced) por las gentes paganas. De ese modo no tenían que pelar ni medio, salvo para abonar el alquiler del flete; obligación que a algunos distraídos, se precisaba recordarles.

Te podría conversar, mi amigo y caro lector, de más de veinte paseos, efectuados en tan privilegiadas condiciones; pero me contraeré a hacerlo del «clou» de la temporada; de la excursión a las «Cascadas de Olain». Te garanto que aquellos descabellados saltos de agua, son un alarde de orfebrería hidráulica, ejecutado por una delirante naturaleza, cuyos milagros bien valen las fatigas de ir a verlos. Si un día vas a Cosquín, no vuelvas sin admirarlos. En fija quedarás grato por lo sano del consejo.

Contando con el embeleso del paisaje que estaba por prestarnos sus bambalinas, y con el esplendor de un cielo que se me antojaba egipcio, la auspiciosa fiesta nos ofertaba todo un macuco cartel. Pero aún había más: la familia invitante era la del «Seis de Oros». La nombrábamos así, porque la servía de tronco un respetable casal millonario, dueño de varias estancias, cuyos mejores productos estaban constituidos por media docena de hijas mujeres. Pero ¡qué niñas! Además de ser ricas por su casa, eran personalmente seis ricuras. Te garanto que resultaban lindas de veras... Como entre ellas no había gemelas, claro es que cada una tenía distinta edad: pero, eso sí; todas ellas en plena primavera de la vida. Aquellas preciosuras, formaban la escala cromática de la soberana belleza porteña, con todas sus delicadas finuras, y sus macizas cuanto esbeltas opulencias.

Todas las relaciones que recién habían adquirido en el hotel, estaban oficialmente invitadas al paseo; pero todavía faltaba por convidar la buena gente de «la mesa brava». Cumple aquí una aclaración: con tal nombre habíamos bautizado a la más grande del comedor; verdadera «table d'hôte», en cuyo derredor eran agrupados los pasajeros que caían de a uno, vale decir, sin el estorbo de la familia. Gente joven y bien, pero algo bochincheros, los muchachos que por aquel entonces la componían, alegraban el comedor con sus ocurrencias, casi siempre editadas como para que el público las celebrase, y con sus bromas de buen gusto, que sólo ultrapasaban la paciencia del muy poco paciente patrón de la casa.

Vaya un ejemplo: cuando el «menú» de la comida nos prometía

«civet de lièvre», uno de los comensales de «la brava» fingía gran apuro y salía apresuradamente a registrar el establecimiento, en busca del perrito canelo de la casa, temeroso de que le hubiesen sacrificado en la cocina, para darnos... perro por liebre. Y así por el estilo...

Cuando se estaba haciendo la lista de convidados a la excursión, las seis hermosuras insinuaron a los autores de sus días, la conveniencia de invitar a aquella interesante muchachada: en cuanto a ésta, va sin decir con qué ilusión e impaciencia aguayaba una cortés invitación. Pero, entre unos y otros jóvenes se levantaba una muralla de la China (no creas que te converso de alguna sirvientita del hotel). Mediaba el inconveniente nada flojo, de que aún no estaban presentadas unas a otros.

Como «cuando ellas quieren» se tiene la media arroba, a una de las seis niñas se le ocurrió un recurso capaz de solucionar el intrincado conflicto: Se les convidaría a los muchachos por la interposita persona del hotelero. Nada más natural. ¡Tantas veces había desempeñado el hombre roles semejantes! Sí, pero ¡pobres niñas!, ¡no pudieron tener una ocurrencia más desdichada! Porque como el «donneur de la soupe» andaba con sangre en el ojo, causa del ruido que metían aquellos caballeritos, no sólo se resistió a servir de puente en la emergencia, sino que contrariamente y con el rencor más pampa, les sacó de la cabeza, a los papás de las señoritas, la peligrosa idea de entretenerse con aquel chusmaje de compadritos. En su sesuda opinión, sería un atentado imperdonable mixturar muchachas bien, con malentretidos, pechadores y mangiacañas, como aquellos tipos de «la mesa brava», que eran unos atorrantes disfrazados bajo la linda ropita... todavía no pagada al sastre... Y que arriba y que abajo...

De tal modo les puso la cabeza a aquellos buenos señores, que se tragarón íntegra la calumnia, y se chuparon una batata de la madona, al pensar en el riesgo bárbaro que habían podido correr las pobres niñas.

En fin de cuentas te diré, lector de mi alma, que la pérdida intriga triunfó en toda la línea; que se celebró el paseo sin la grata compañía de la alegre patota; que las «Cascadas de Olain» estuvieron tan hermosas como es de práctica en ellas; que la comida fué un derroche de distinción y abundancia... Pero justo será agregarte también, que la jornada fué un opio para las aburridas nenas, quienes en sus inocentes expansiones extrañaban al elemento complementario de su vida de ilusión. No habiendo concurrido, ni los cachafaces de «la mesa brava», ni mozo alguno, fuera de un estudiante para fraile, que nunca sabía hablar, ¿cómo iban a divertirse aquellas almitas vírgenes, lanzadas al mundo para que las bailasen a toda orquesta, las estrechasen los talles con todo entusiasmo, y las dijese cosas lindas a todo pasto? No es de creer.

Y si ellas estuvieron aburridas, ¿qué me dices de lo fulos que andarían los mocitos, indignados por el desaire recibido, siendo que eran de las pocas personas no invitadas a participar en la farrita? ¿Precisaré decirte que acariciaban el plan de una ejemplar venganza? ¡Claro qué no! Y como

ellos ignoraban el verdadero origen de su desahucio, hicieron toda su preparación de artillería, contra la inocente familia del «Seis de Oros». Ni cortos ni perezosos, se apresuraron a darla el vuelto, tomándose una represalia feroz. Verás como fué la cosa.

Como tres noches después, cuando estábamos comiendo, con todo el comedor «au grand complet», al llegar el momento psicológico de los postres, en «la mesa brava» hizo estrepitosa aparición una soberbia garrafa de helado, recién llegada de Córdoba, que atrajo las miradas todas de los circunstantes. ¡Imagínate! ¡Un monumental cacharro, con sustancia como para cincuenta cubiertos!

Los felices poseedores de aquella delicia, estaban de júbilo... Saludaron al rico postre con la marcha de San Lorenzo, entonada «sotto voce»; hubo discursos apologéticos a la invención del frío artificial... y, por fin, antes de servirse los afiliados a «la mesa brava», pusieron en movimiento a todos los sirvientes de la casa, para que fuesen llevando, de mesa en mesa, magníficas porciones del apetitoso manjar, a todas las familias; bien entendido, a todas, menos ¡naturalmente! a la del «Seis de Oros». ¡Tomá! Para que se destacase bien el desprecio... ¡Excuso decirte!

Pero como en aquel enorme recipiente había gran cantidad de contenido, todavía se procedió a una nueva emisión. Y ¡vuelta los sirvientes a cruzar el comedor en todas direcciones... excepto hacia la mesa del «Seis de Oros»...! Y como no se acababa de consumir el rico postre, se habilitaron platos para enviar abundantes lotes del regalo al personal de cocina, a todos los sirvientes de la casa... y hasta al perro canelo, que fué expresamente llamado al comedor, donde se dió un atracón jefe. Casi, casi, el empacho que agarró, pudo muy bien hacerle cantar para el carnero...

Bien, pues: los muchachos de «la mesa brava» estaban vengados: habían hecho pasar un brutísimo cuarto de hora a la pobre familia, autora inconsciente del violento desagrado. Pero ¡ay! qué poco les duró el goce de aquel placer de los dioses... El seminarista, que era un alma de Dios y estaba en posesión de la clave del disgusto, les informó ampliamente sobre la verdadera procedencia del entripado.

Entonces, en sus nobles corazones entró a funcionar un remordimiento sincero. Ya no pensaron en otra cosa que en desagraviar a la familia víctima del malentendido... y en trasladar sus cañones a otro frente de batalla, para jorobar competentemente al hotelero.

Por desgracia, tan justiciero programa no obtuvo el merecido cumplimiento. Al otro día, en el tren de la mañana, la familia del «Seis de Oros» se había apretado el gorro, rumbo a una de sus estancias, corrida por el injusto bochorno. ¡Qué pena! Por ese lado, la venganza resultaba suicida, al haberse ausentado la alegría del hotel; la ¿sena? de buenas mozas. Bien; pero, ¿y por el otro lado? —preguntarás... Lo que es por el otro lado, te juro que la venganza resultó una obra maestra.

¿Que de qué modo? Del más sencillo del mundo: haciéndole pagar al hotelero, que era un gran angurriente, el importe de los vidrios rotos. Porque cuando ya habían regresado a sus respectivos lares los muchachos de mi cuento, el confitero de Córdoba, proveedor del helado, se lo cobró, muy sí, señor, al culpable de tan entretenido batifondo. Al ñudo éste quería protestarla: un procurador amigo, que era una luz para estos asuntos, le aconsejó que se dejara de embromar y formase con los pesos.

Efectivamente; como el pedido del helado se había hecho por telégrafo, no quedaban constancias escritas para responsabilizar a nadie: en cambio, el hotelero se había pisado feo, al firmar el recibo en la guía de la frigorífica encomienda, cuando ésta hubo llegado al hotel. La única prueba, pues, le condenaba con costas, por meterse a comedido.

El hombre se tiraba de las mechas, al contemplar la factura. Y aún tuvo que pagar más: el flete que le cobraba la agencia... y las tres onzas de aceite de castor que se tomó «el canelo», para no presentar la renuncia a su perra vida. Pues estuvo por morirse. Pero lo pensó mejor y gracias a aquel remedio pudo salir de cuidado.

SEVERIANO LORENTE.

DIBUJOS DE ALONSO.





A ORILLAS DEL PARANÁ

DIBUJO AL CARBÓN
DE NICANOR VÁZQUEZ.



Sta.
Emertina
Panderila

HOMENAJE ~ A LA FIESTA DE LA RAZA ~

Hay un célebre cuadro del gran pintor prerrafaelista Millais, en cuyo argumento pudiera simbolizarse la España de la Conquista. Llámase *El Caballero Errante*. Dos figuras centrales llenan el lienzo: una hermosa doncella, a quien manos perversas han atado, desnuda, a un roble secular, y un paladín armado de punta en blanco, que atraído por las quejas de la joven, al atravesar el paraje, se apresura a cortar tan crueles ligaduras con su tizona. Ambos personajes resaltan contra el fondo verdinegro del bosque, iluminados por la débil luz de la mañana que, llegando desde el confín, realza la belleza de la prisionera y corre en suaves reflejos de aurora por la armadura de su libertador.

Tal se le representa a mi mente la España guerrera y conquistadora del siglo XVI — la de Fernando el Católico y de Carlos V. — Armada de todas armas, aventurada al azar como un caballero andante, en la alborada de una civilización hermosa, por entre la selva del fanatismo y la ignorancia de la Edad Media, más sombría que el bosque de la pintura, libertando — iluminada por la luz del lejano descubrimiento — al espíritu humano, prisionero y atormentado por los rígidos principios de la escolástica y de las disciplinas místicas.

¡Cuán interesante resulta, en realidad, contemplar a aquella España, la de las tres mil setecientas batallas en la vega granadina, cruzando la soledad procelosa del Atlántico, rumbo a las Américas!... Traía la espada y la cruz como elementos de conquista y civilización; venía en viejas carabelas, que casi siempre desarbolaban las borrascas, y en galeones mal calafateados, cuyas máscaras de proa parecían simbolizar las pasiones de la muchedumbre aventurera que se hacinaba en el entrepuente y las crujiás; encauzaba hacia las tierras nuevas, doradas por el espejismo, todas sus energías y aspiraciones, todos sus intrépidos soldados de Flandes y las guerras de Italia, y entre el tumulto venían también los hidalgüelos sin fortuna, los plebeyos audaces, los que tenían cuentas pendientes con la justicia, gente codiciosa en su mayoría, ávida de mandobles que reportaran fama y honra y de oro, para adquirir solar y privilegios. *Fué aquello, dice Lummis, el más grande comienzo de la libertad humana, la primera vez que se abría la puerta de la igualdad... Y no hubo nadie, por pobre o ignorante que fuese, que no pudiera entonces crecer hasta alcanzar la plena estatura del hombre que dentro de él había.*

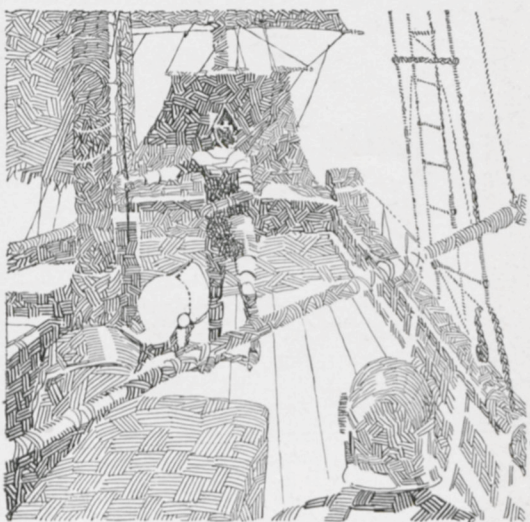
Azuzaba al tropel de los argonautas — como la bocina de caza a los lebreles — el misterio de lo desconocido y los relatos fantásticos en boga, que acentuaban con su antinomia los contornos trágicos de la agonía feudal en que se debatía la Europa del Medioevo. Y sobre la osadía y alucinación de las empresas, fluctuaban — como murciélagos espantados por la luz celeste del Renacimiento — todas las vulgares supersticiones de la época, que desde la recóndita casucha del alquimista y el antro de la gitana bruja habían cundido, cristalizando fábulas prismáticas en las conciencias plenas de fe y de esperanza...

Pero lo que más asombro causa es observar la transfiguración repentina de aquellos nobles aventureros y soldados mercenarios, al arribar e internarse en las tierras vírgenes que los siglos habían



velado tras la sombría incógnita oceánica. De hombres transformábanse en héroes, actores de hazañas nunca vistas. Resplandecían en ellos las más altas cualidades de la estirpe. Sus individualidades, absorbidas por la misión épica, pasaban a sumarse en el esfuerzo común, integrando una entidad preeminente: la España de una epopeya grandiosa, sin parangón en la historia humana. Por eso, aunque un porquerizo de Trujillo llegase a ser el gran conquistador Francisco Pizarro, o el arrogante Hernán Cortés se apoderase de todo un imperio, o el soldado-poeta Gaspar Pérez de Villagrán igualara a un paladín del Romancero, o el sin par Alonso de Ojeda hiciera chispear su arrojo en cientos de aventuras y combates, una vez terminado su cometido eclipsábanse, dejando paso a nuevos héroes, a otras figuras bizarras, que a su vez desvanecíanse luego, no sin que cada una de ellas prestara más brillo a esa colosal y gloriosa síntesis que se llama: la conquista y exploración del Nuevo Mundo por España.

El soplo de la Creación, que aun debía circular por las regiones de mundo tan maravilloso, parecía agigantar a aquellos adalides e infundirles el vigor preciso para arrostrar los peligros y sobreponerse a los sufrimientos. Todo presentábaseles salvaje, agreste, hostil, amenazador. Las selvas, tenebrosas, eran el recinto de la muerte; fatales a su intrusión, en la flora, los frutos, la fauna y las fiebres; y asilo de los indios, siempre felinos e indómitos. Las llanuras y los ríos tenían las mil asechanzas de la naturaleza violada y vengativa. Y sin embargo esos puñados de españoles, errantes y desamparados en la inmensidad de estas Américas, sembraron y abonaron con su sangre y sus sacrificios, en la soledad de los páramos,



Texto de **JULIÁN DE CHARRAS.**
DIBUJOS DE ALONSO

—PLUS ULTRA—

La VISIÓN HEROICA

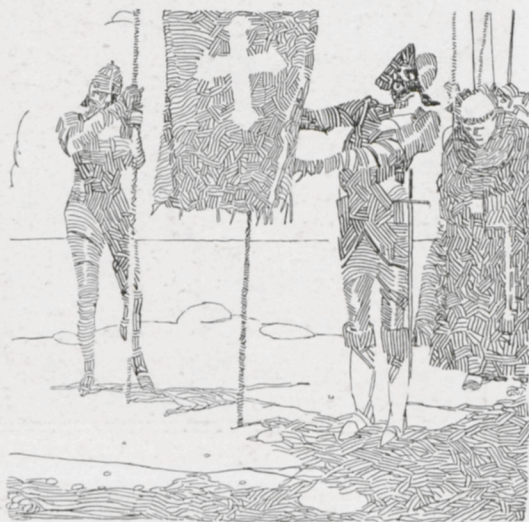
la simiente de las grandes y prósperas naciones que hoy son orgullo del continente... ¿Hizo más Alejandro el Grande con su *falange*? ¿Las campañas de Julio César, con sus legiones, fueron más prolicuas?...

Malas versiones, propagadas durante largo tiempo, acumularon cargos injustificados contra los españoles de la conquista. Historiadores y novelistas, mal documentados, ofuscaron con sus juicios erróneos el criterio de muchas generaciones americanas y hasta de gentes impresionables de Europa, alimentando una creencia que, felizmente, ya se va extinguiendo. Esos escritores no supieron nunca remontar la vida histórica de los pueblos hasta el tiempo del descubrimiento de América, compenetrándose de la psicología y las ideas morales que predominaban entonces en Europa. Y al censurar a los conquistadores y presentarles como fascinados por el incentivo de las leyendas corrientes, no consideraron que tanto los mitos de *«El Dorado»*, *«las montañas de plata del lago Parí»*, *«el oro de las tribus de Meta»*, como el de *«la fuente de la Eterna Juventud»*, no eran sino derivaciones de la fiebre de la Crisopeya y de la quimera de los filtros de amor, con que la Edad Media había mantenido su encanto espiritual y el ingenuo romanticismo de la caballería.

Citemos, nuevamente, al notable erudito norteamericano Lummis: *españoles, dice, fueron los primeros que vieron y sondearon el mayor de los golfos; españoles los que descubrieron los dos ríos más caudalosos; españoles los que por vez primera vieron al Océano Pacífico; españoles los primeros que supieron que había dos continentes en América; españoles los primeros que dieron la vuelta al mundo. Eran españoles los que se abrieron camino hasta las interiores lejanas reconditeces de nuestro propio país (Estados Unidos) y de las tierras que más al Sud se hallaban y los que fundaron sus ciudades miles de millas tierra adentro...*

Y no solamente fueron españoles los primeros conquistadores del Nuevo Mundo y sus primeros colonizadores, sino también sus primeros civilizadores. Ellos construyeron las primeras ciudades, abrieron las primeras iglesias, escuelas y universidades; montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías; y trajeron los primeros misioneros...

Yo he bañado mi espíritu en las fuentes históricas de esa epopeya, y lo sé... Por eso, cuando me abstraigo en meditaciones sobre la grandeza y la prosperidad de América, paréceme que en el fondo de su luminosa civilización actual, allá en lo más profundo de la infancia de estas naciones resplandecientes de progreso y porvenir, se agitan — contra un crepúsculo indefinido — vetustas siluetas épicas, en confusos tumultos de combates; y aunque las medias tintas no me dejan apreciar con exactitud la fisonomía de las cosas, oigo el chocar de las armas que me dicen de la lucha española, del concepto de una raza superior y extraordinaria, en su esforzada contienda por el porvenir de un mundo... Y me invade la misma melancolía que a los pescadores de las costas de Bretaña cuando escuchan las campanas de la ciudad de Ys, y la imaginan sumergida para siempre bajo el mar.

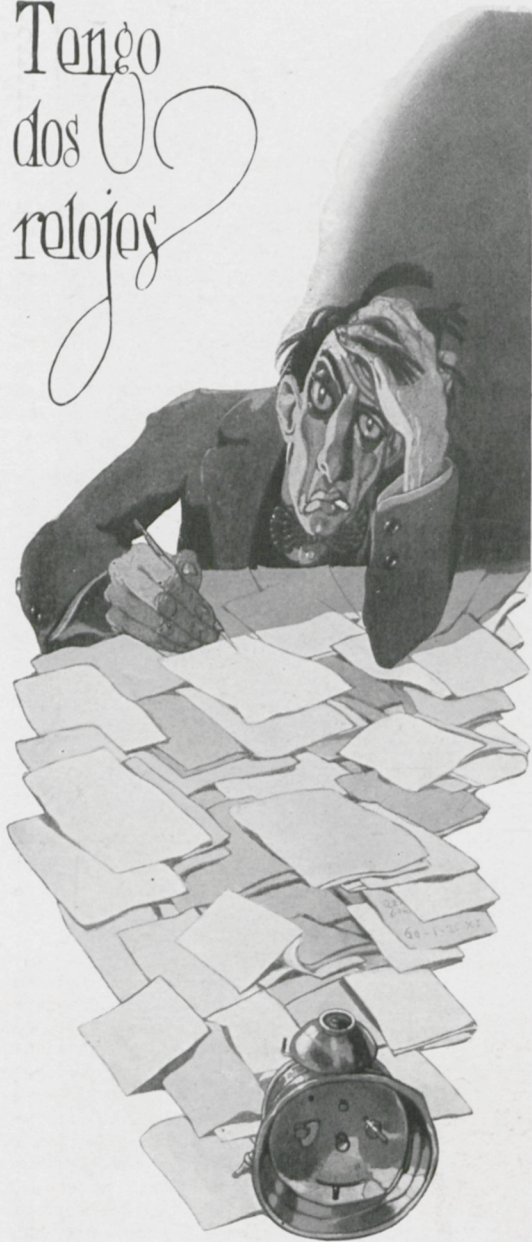




CUADROS URBANOS. — EL PASEO EN LA CALLE FLORIDA

GOUACHE DE ALONSO.

Tengo dos relojes



Lo digo sin el menor asomo de vanidad: tengo dos relojes. ¿No hay quien tiene dos lunares? Pues yo tengo dos relojes. Uno de ellos es despertador; el otro no es despertador, es de pared, con campana, una campana de sonido agradable, que anuncia las horas con lentitud, pausadamente, con solemnidad y elegancia. Y con todas estas bellas cualidades pagué por él veinte pesos.

El otro, el despertador, es más modesto, pero mucho más simpático. Estos dos relojes han nacido para prestarse mutua ayuda, se identifican, se completan y en algunos casos, mediante ciertos cotejos y comprobaciones, suelen servir hasta para averiguar la hora. Separados, creo que no servirían para nada.

El despertador, en lugar de tenerlo en la mesa de noche como es costumbre, está pendiente de un clavo, en la pared, a la derecha de mi cama, y de este modo, con sólo abrir los ojos puedo decir la hora que marca, pues saber la hora justa es empresa un poco más complicada de lo que parece.

He meditado muy seriamente sobre las causas de mis preferencias por el despertador, y las explicaciones que me he dado no me satisfacen del todo. En pocas palabras: que no sé porqué me es más simpático este reloj que el otro, pues tengo bien en cuenta que pesa sobre él una opinión de estética que le favorece bien poco. El reloj despertador y la caja registradora son los dos objetos modernos más antiartísticos que se conocen. No sé a cual de los dos se le podría adjudicar el premio del mal gusto, pero tengo por seguro que si los hubieran inventado los helenos se desacreditan.

Es verdad que todo objeto que esté niquelado me es profundamente antipático; huele a bazar, a pacotilla. El níquel se ha inventado para comprar los diarios y pagar el tranvía; nada más. Todo

lo que sea sacarlo de estas dos funciones es desnaturalizar su esencia.

Hay otro metal moderno que rivaliza con el níquel en mis antipatías: el aluminio. Trate cualquiera de tomar un objeto que esté fabricado con esta materia; la costumbre nos hará suponer un peso calculado al volumen, y al suspenderlo notaremos con desagrado que no pesa nada; parece una estafa. Dicen que no se oxida. ¿Y a mí qué? ¡Que se oxide, pero que pese!

Y volviendo al objeto de estas líneas. Decía que el coruscante despertador es objeto de mis preferencias sin que pueda determinar las causas, aunque bien pudiera influir su «espíritu» independiente, sus procedimientos anárquicos, una franca rebeldía a cumplir la misión para que ha sido creado; es, lo que pudiéramos llamar, un despertador «malgré lui». Ya sabemos que, a más de marcar las horas, puede servir el reloj como símbolo de la regularidad, del método. Pero el mío, no. El mío funciona como le da la gana, sin tener en cuenta los fines de su complicado organismo. La marcha del sol, los meridianos, los sextantes, los cuadrantes y los observatorios le tienen muy sin cuidado, y así a las tres marca las dos, a las cinco las cuatro menos diez; y si se le ordena que despierte a las siete lo hace a las ocho y media o no lo hace a ninguna hora. A veces, y como en un alarde de formalidad, marca la hora justa, pero en seguida se arrepiente y vuelve a las andadas.

Estas ecuaciones de mi despertador me obligan a continuos ejercicios mentales y me adiestran en la resolución de problemas matemáticos. El reloj de pared (que no tengo a la vista, por estar en la habitación inmediata) adelanta siete minutos cada diez días; y el despertador atrasa siete minutos por día. Así, pues, la diferencia en diez días, — suponiendo que empiecen a andar a las doce, — será:

Pared: adelanta 7 minutos = 12'7m.

Despertador: atrasa 1 hora y 10m. = 10'50m.

Diferencia: 1 hora y 17 minutos, en la marcha de ambos relojes; una verdadera enormidad que yo, decorosamente, no puedo consentir.

Esto es en diez días. Al trimestre, naturalmente, la diferencia se acentúa de tal modo que, el reloj que adelanta marcará, pongo por caso, horas que corresponden al día siguiente; y el que retrasa estará haciéndose el chanco rengo en alguna hora de la semana anterior. Y como esto es un verdadero abuso estoy dispuesto a reprimirlo con mano de fierro. ¿Qué pasaría si estos dos relojes pertenecieran a una repartición pública, como yo? Habría necesidad de llevarles una contabilidad especial para liquidarles sus haberes a fin de mes, y esto no es posible porque el Estado no está para nuevos gastos y entorpecería el regular funcionamiento de las supuestas reparticiones.

Apesar de los pesares, con estos pequeños problemas consigo varias cosas provechosas al mismo tiempo: Ejercitar el cerebro que va adquiriendo cierta agilidad en los cálculos haciéndome concebir la esperanza de llegar a dominar el álgebra; convencerme de que ni aún mecánicamente puede existir una armonía capaz de avergonzar a los hombres; permanecer más tiempo en la cama, y llegar tarde a la oficina.

Pero aún hay más: se ha exaltado mi amor propio de tal modo por la concordia, que poco he de valer si no consigo que mis dos relojes marchen de acuerdo. Para ello llevo prolijas anotaciones de fechas, horas, minutos, retrasos y adelantos; una especie de teneduría de libros donde apunto lo que un reloj debe al tiempo y lo que el tiempo debe al otro reloj. Algo así como esas partidas que yo he visto en los libros de comercio y que dicen: «Varios a Caja», «Caja a Varios». Aplico este conocido sistema a mis relojes y espero que me dé buen resultado, apesar de que no sé ni una sola palabra de teneduría de libros.

Firme en mi propósito de conocer hasta el fon-

do el alma mecánica del reloj de mis predilecciones, cada dos días y después de prolijos reconocimientos, meto mano a la serie de palancas y manijas que están en la parte posterior del despertador, — algunas con una flechita indicadora, seguramente puesta para despistar — y las hago funcionar por palpito, pues no me fio de las inscripciones aclaratorias grabadas en idioma desconocido. A cierto amigo pedí la traducción de una palabra puesta al lado de una de esas palanquitas que sobresalen de una ranura, y luego supe era el nombre del fabricante; si el reloj hubiera hecho caso a la indicación de mi amigo, a estas horas está en Norte América persiguiendo a Pancho Villa.

Hasta ahora, todo esto tiene para mí el encanto del misterio. Todavía no he dado con el secreto que ha de hacerme dueño definitivo del rebelde despertador; pero así como Champollión, a fuerza de paciencia, llegó a descifrar los jeroglíficos de las pirámides, mi nombre ocupará un lugar preferente en la historia, como «El único hombre que llegó a dominar a su antojo un despertador de cuatro pesos».



Antonio Canamague

dibujos de
F. R. I. O.

FIRMAS AJENAS

HISTORIA DE MAGDALENA AMIGA DE LA BIEN PLANTADA

I

Ahora es la Virgen de Agosto, cuando la tierra está madura. Magdalena, apresta a bailar tu cuerpo, porque los tiempos están también maduros y de la rama del porvenir caerá, en el centro mismo del círculo de tu danza, esta dorada fruta llena de aromas, que tú llamas un novio.

Un novio es la plena claridad de los cielos hecha mirada y el pleno sentido del mundo, hecho mostacho. Un novio es una cosa fuerte como el vino y dulce como la torta esponjosa que venden en la tahona. Un novio llega, mira, dice una sola palabra y ya toda tu pequeña vida queda suspendida y temblorosa como una sutil telaraña en el bosque, que se sostiene en sólo una rama y no sabemos si estará allí dentro de un instante. Un novio es alguien que baila, pero no mucho. Ha venido para la fiesta y nadie del pueblo le había visto aún. Vino solo en una tartana, con una maleta de cuero y níquel que lleva grabadas sus iniciales. Es amigo de unos jóvenes que tú conoces demasiado y al principio parecía que sólo hubiese venido para bromear con ellos y hacer burla de todo. Las jóvenes le habéis visto al pasar y no se sabe cual ha narrado la maravillosa historia. Se llama Pons y Serra, se llama Ignacio de Fuster, se llama Solé y Solá, se llama simplemente Luis. Las letras de estos nombres parecen escritas en diamantes rosa sobre el platino de una joya, o dibujadas en la noche con cohetes, estrellas y clarísimas bengalas. Le falta un año para terminar la carrera. Cuando falta un año para terminar la carrera la vida se ensancha, ante los ojos, como un diorama en un anfiteatro vasto. Sobre la frente del joven a quien falta un año para salir de facultad, brilla un sol de oro que le tiñe de encarnado hasta el blanco de las orejas. Su sangre circula triunfalmente, pero con perfecta seguridad. Puede entrar, mirar a su alrededor, sentarse y subir, ya a punto de sentarse, los dos pliegues verticales del pantalón. Lleva sobre los zapatos blancos unos calcetines morados con flores negras, y mirarlos es cosa turbadora como un pecado. También lleva en el ojal una flor, que acaso le ha sido ofrendada por una mujer. Saca un diario del bolsillo, enciende un cigarro y así podría pasar horas y horas fumando y leyendo. Pero he aquí, que, súbitamente, le empuja su destino. Se levanta, le acompañan sus amigos y avanza hacia tí, doncella. Se detiene, podría volver a sentarse, podría desviar su camino. Pero no, avanza hacia tí, avanza hasta tí. Y ahora los amigos te dicen su nombre y ahora hay una silla vacía a tu lado. Y acontece que él se sienta en ella y tú le preguntas, ya turbada, si es esta la primera vez que ha estado aquí.

¡Brillad, astros del cielo; brillad claras luces del entoldado; agitaos, abanicos, como aplausos de multitud; incensiad más intensamente buqués floridos que estáis preparados para el baile de ramos! El galán sigue sentado a tu vera y no se va y charla que charla. No sabrías decir cómo tu abanico se halla en sus manos y él se hace aire y tú sientes como de él a tí llega tu propio perfume. Y adivinas que, como se ha hecho dueño de tu abanico, se hará señor y maestro de tu vida. Cuando él ha bailado contigo ya no se te acerca nadie más. Ahora cierras los ojos y te das a imaginar que todos los hombres y todas las mujeres son tus enemigos y corres un gran riesgo y él es quien te ampara. Tus padres acaban de morir y tú no tienes miedo porque él está contigo. Un novio es la esperanza misma que habla al oído y tiene dos brazos fuera de tí. Es la delicia de la sangre y el mago que tiene la llave de todas las primaveras y todos los veranos que están por venir. Los novios a quienes falta un año para terminar

la carrera, pueden casarse de aquí a dos años. Mientras tanto, cada día dan una nueva seguridad, como una almohada más para el reposo. Y se es dichosa y se es orgullosa y se es distraída y ensoñada y se piensa en la bella camisa que hay que adornar y en la alegría de los pisos recién puestos, en los que los armarios de luna pueden sobresaltar todavía, en la obscuridad, al entrar sin luz en una habitación que no se conoce aún pero que ya ha recibido el más grande secreto de la vida.

Ahora es la Virgen de Agosto, cuando toda la tierra está madura. La Virgen de Agosto es como un árbol bello, que regala, a la doncella que danza a su pie, un novio magnífico que centra el círculo de su bailar.

II

...Pero viene la lluvia, ¡oh, Magdalena que esperabas el don de un prometido del árbol de la

follajes goteantes y pomposos. Ríete, tú, tierra reanimada por la humedad.

Los pobres corazoncitos tienen sus pequeñas tragedias y la vida es pobre porque la enflaquecen la lluvia y la muerte. Los novios, a quienes les falta un año para acabar la carrera, no se muestran cuando llueve y sus pulidos zapatos blancos no pisarán el barro. De aquí a una semana es la Virgen de las Mercedes, de aquí a unas semanas más, Todos los Santos y el Día de los Muertos. Y vendrá la muerte para tí, doncella, antes de que haya venido, para tí, la vida; porque un año, el día de la Virgen de Agosto, la lluvia estorbó una fiesta.

Pasa una mujer calzada con zuecos y que lleva, bajo la lluvia, la cabeza cubierta con la falda. Pasa un muchachuelo silbando; y porque pasa por el establo levantan las bestias un gran mugir.

Ya no pasa nadie más... Es el día de la Virgen de Agosto y no hay fiesta, y en las cerradas alcobas la vida se aparece a las muchachas como un largo camino sin consuelo.

III

...No llovió mucho y la noche fué opulenta en astros, en músicas ya cercanas, ya lejanas, y en bailes. Magdalena salía a la Rambla, con la mano extendida por ver si llovía aún. Un llovizneo la mojaba. Pero provenía de los árboles; de los árboles que se sacudían, con rumor jocundo, bajo las estrellas fulgurantes.

La Virgen de Agosto no trajo esta vez un prometido. Trajo tres cortejadores. No importa; todavía sube más arriba la esperanza. Tres cortejadores, tres cortejadores para escoger. Uno es alegre como un cascabel. Otro, formal y confortante como un sincero apretón de manos. El otro, es de aspecto triste y tiene en la mirada todas las dulzuras. Si el uno acompañaba a Magdalena en los bellos vales, el otro platicaba más tarde con ella y el tercero la contempla desde lejos. Así la felicidad de Magdalena se vestía de tres ilusiones como de tres túnicas. La túnica que engalana, la túnica que abraza y aquella otra escondida que acaricia a flor de piel.

Ahora va a nacer el día y sobre las sábanas en desorden hay una pálida doncella desvelada. Doncella, doncella, tú habías soñado un cortejo y te ha sido dado Amor. Tú querías agua para tu sed y te han servido el vino trastornado. Tres cortejadores no valen lo que un novio; pero son algo más embriagante que un novio. Un novio es vida, y tres cortejadores son demasiada vida. Pedías dulzura y he aquí las voluptuosidades. Pedías consuelo y

he aquí el orgullo. El orgullo es una corona de fuego que cerca la frente de las doncellas derramando en su corazón cada minuto una gota de un veneno verde y pastoso como una esmeralda deshecha. Se tienen diez y ocho años, se tienen veinte años y el orgullo hace mover la cabeza como una reina y sentir, bajo la espuma de las muselinas, la infernal pujanza del seno en flor. Se tienen diez y ocho, se tienen veinte años, y es como una fiesta. Ya no hay que llorar; que la belleza se trae su propia fiesta y se han tenido, en una sola noche, tres cortejadores. Pero hay que enfebrarse, que la vida no es dulce, sino ardiente. He aquí los amores y las historias de amor. He aquí la pasión que conmueve, de que hablan las canciones y las leyendas. He aquí tres novelas de amor en una noche, porque la lluvia no fué larga y los árboles goteaban bajo las estrellas; porque se tienen veinte años y se ha sentido, al valsar, el placer profundo de inclinar sobre un hombro la cabeza y de cerrar los ojos.

EUGENIO D'ORS.
(XENIUS)

DIBUJO DE FRIEDRICH.



Virgen de Agosto! Viene la lluvia, rica y sonora; y así ha caído, podrido, desde la rama, el fruto que estaba en sazón. Viene la lluvia y en la alcoba obscura se siente cohibida y ociosa tu pobre alma pequeñita, herida por la gran injusticia de las cosas. Una lluvia, en medio del verano, es como un momento del invierno que nos pone ceniza en la frente. Recuerda Magdalena, que el verano es breve y que cada hora que pasa es una esperanza que se va. Recuerda que la ilusión pende de un minuto y que hay azares que, como perros hambrientos, pueden devorar los minutos de la ilusión y llenarse, de su sangre, la boca. Recuerda que una fiesta es frágil negocio y que la felicidad nace de una fiesta; y los truenos que ahora retumban por las montañas quiebran tu ensueño, como se quiebra un cristal.

Hay en la obscura alcoba de una casa de campo una doncella que llora porque llueve... Reíos, labriegos brutales; reíos, criadas malignas. Reíos, viejos calaverones cínicos que ahora en el Casino jugáis vuestra partida de billar. Hay una doncella que llora porque no hay fiesta y toda su esperanza estaba en la fiesta y en su resplandor. Reíos,



LA VIDA EN CAMPAÑA

EL DOMINGO EN LA ESQUINA

DIBUJO DE HUERGO

Nuestro Pintores

Pío Collivadino.



Caía la tarde, una de aquellas tardes grises y frías del pasado invierno. La noche implacable cubría el horizonte con los pliegues de su manto, envolviéndolo todo en sombras, desdibujando el contorno de las casas, desvaneciendo la silueta de los transeúntes.

Cruzando a saltos los charcos de agua verdosa y haciendo zig-zags de vereda a vereda, recorría la calle el farolero, dando luz a los clásicos faroles de petróleo, que aún quedan en el infecto y pantanoso barrio de Nueva Pompeya.

Frente a uno de aquellos faroles, sostenido por raro equilibrio con dos palos a la esquina de una tapia en ruinas, frente a uno de aquellos faroles cuyo mortecino resplandor dibujaba en el suelo una claridad de luz amarillenta, agazapado en la sombra, con el ala del chambergó sobre la frente, apercibí un hombre que pintaba.

¡Pintar allí en aquella soledad, a esa hora y ante aquel panorama de sombras interrumpido sólo de cuando en cuando por la luz de un farol parpadeante!... ¡Qué cosa extraña! ¿Quién sería aquel artista de tan raro gusto? Me acerqué curioso y me encontré con Pío Collivadino, el director de nuestra Academia de Bellas Artes.

Collivadino tomaba apuntes.

—Hace varios días, vengo a este rincón a estudiar el ambiente, la luz confusa y sombría de estos barrios al caer la tarde! Todo aquí es pintoresco... Vea qué característica es esa tapia con el farol completamente colonial... ¿No cree usted ver surgir de pronto entre las sombras un caballero embozado?... Mire aquella casa que apenas se dibuja... ¿A su ventana de rejas, no le parece

ver asomarse una hermosa mujer tocada con la clásica peineta de antaño? Este barrio es muy poético... es original... Esta luz crepuscular, es mi nota de color preferida... Cuando fui estudiante en Roma, recuerdo haber pintado con entusiasmo una impresión nocturna de Villa Médicis, la residencia de los pensionistas de arte... Tengo otros cuadros... muchos, con notas de este ambiente... Hasta uno pintado también, entre dos luces, en el Tandil, en aquel valle admirable por su serenidad, en cuyo centro está enclavado el caserío de los canteristas. Aquel caserío pardo, que apenas se levanta del suelo... con el humo carac-

terístico de sus chimeneas, que se alza recto hasta perderse en el azul del cielo como si quisiera perforarlo...

Collivadino cerró su pequeña caja de pinturas y echó a andar junto a mí. Afable y cariñoso, siempre contento y siempre sonriente, coloradote y amable, tiene nuestro artista algo de chico molesto y bonachón.

Todavía se recuerdan las travesuras de aquel estudiante que traía revuelta la colonia artístico-criolla de la Ciudad Eterna. Fué el alegre compañero que ayudaba a disipar las nostalgias con bromas ingeniosas.

Y aún continúa siendo el camarada de carácter jovial, el que acierta a inspirar cariño a todos sus hermanos en arte, cosa difícil de conseguir en los hombres de cualquier gremio.

Mientras caminábamos en dirección al centro de la ciudad, por aquellas calles que él tanto conoce y quiere y donde tanto le quieren y le conocen, inicié mis acometidas reporteriles. Sin caer en la pose, sin rebuscar vocablos, sencilla y llanamente, Collivadino empezó a hablar.

Mucho y bueno dijo, aunque al principio tratara de eludir el tema.

A las pocas palabras, dando rienda suelta a su pensamiento, me hacía confidente de sus ideas sobre el arte nacional. Collivadino tiene una cualidad artística por encima de todas: es un sincero!

¡Y hace tanta falta un poco de sinceridad en nuestro ambiente artístico! Son tan pocos nuestros pintores que dan lo que sienten, lo que realmente nace de su inspiración... ¿Por qué tal afán de imitaciones? ¿No es acaso esta tierra rica en



A 50 METROS DE ALTURA SOBRE EL PUENTE TRANSBORDADOR «PRESIDENTE SÁENZ PEÑA», COLLIVADINO PINTÓ LOS CUADROS QUE HA PRESENTADO EN EL SALÓN.

paisajes, en luz, en tipos, en costumbres?... ¿A qué buscar en Anglada, Zuloaga o Romero de Torres la fuente inspiradora? Por ese camino no llegará jamás el artista nacional que perdure en el lienzo el alma de la patria! Y de esto se lamenta tristemente Pío Collivadino, porque siempre ha visto con más cariño el producto de una espontaneidad aunque tenga defectos, que el fruto inconsciente de una imitación que por buena que sea, será siempre falsa, hueca, sin alma, porque en ella no puso la suya el autor.

Por su larga labor artística, es Collivadino uno de los representantes de nuestra pintura, y por su cariño a las cosas de la tierra, uno de los que más merecen el título de artista nacional. Por todo esto me pareció que interesaría a los lectores de PLVS VLTRA conocer algo de su vida, y le pedí que contestase a unas cuantas preguntas.

Collivadino, a quien muchos creen italiano, es argentino, porteño nada menos, nació en Buenos Aires el 20 de agosto de 1869.

Andando íbamos por las obscuras calles del barrio suburbano y Collivadino, evocando sus recuerdos, contestó a mi pregunta sobre el origen de su afición artística.

—Se despertó en mí... a la edad de trece años. Siendo alumno de la escuela Normal de Profesores y con motivo de una visita médica que hiciera el doctor Roberts a ese establecimiento, se me declaró enfermo de una afección ocular que hasta entonces no había yo advertido, circunstancia que me impidió seguir los estudios, consagrándome durante año y medio a la curación de mi vista. Apesar de ello, no pude obtener el certificado correspondiente para reingresar en la escuela.

«En aquella época mi padre tenía una empresa de carpintería, y de cuando en cuando yo le acompañaba a visitar las obras que estaba haciendo. En cierta ocasión, me llamó la atención un decorador que coloreaba las rosas de yeso de un cielo raso, y al volver a casa, entusiasmado, expresé a mi familia el efecto que me había causado, repitiendo con frecuencia: ¡caramba, cómo me gustaría saber hacer eso! Tanto insistí que mi padre concluyó por pedirle al decorador que me enseñara el oficio. En efecto, pocos días después, me convertí en su ayudante, y así, modestamente, di comienzo mi vida artística, llena de entusiasmos juveniles, que, créame, se ha conservado a través de los años y apesar de las vicisitudes y escollos que se interponen en el camino del arte.

—¿Qué estudios ha seguido usted?

—Hasta los veinte años de edad no había yo realizado estudio serio ninguno, y como aumentaron mis inclinaciones artísticas resolvió mi padre enviarme a Roma para que me perfeccionara en las artes decorativas que había iniciado aquí sin ninguna dirección inteligente. Cuando llegué a



ESTUDIO AL CARBÓN, PARA EL CUADRO «VIDA HONESTA», PRESENTADO EN LA EXPOSICIÓN DE VENEZIA EN 1901.



COLLIVADINO, PINTANDO UNA ESCENA CALLEJERA, EN NUEVA POMPEYA.
(EN CÍRCULO) HACIENDO UN AGUA FUERTE.

Roma, resultó que lejos de perfeccionar estudios como yo había proyectado, tuve que comenzarlos, e ingresé al primer curso elemental de la Real Academia, de donde salí después de haber cursado los seis años de estudios regulares.

«Durante tres años, practiqué después la técnica de la pintura al fresco, con la esperanza de volver aquí y dedicarme a esta especialidad. Pero adquirí en la práctica un resultado tan satisfactorio, que el célebre fresquista italiano César Maccari, me pidió que le ayudara en la ejecución de los frescos del Palacio de Justicia de Roma, a lo cual accedí, naturalmente, teniendo el honor de secundarlo en esta obra durante más de un año.

—De sus largos viajes por Europa y de sus visitas a los Museos, ¿cuál es su recuerdo más grato?

—He recorrido, en efecto, casi todas las ciudades del viejo mundo, y en todas ellas he recibido una impresión tan diversa del arte que me sería difícil determinar cuál es la preferida. He visitado igualmente todos los Museos principales y a mi juicio, todos ellos rivalizan en su tesoro artístico.

—¿Tiene usted entre los pintores modernos alguno preferido?

—Sí, uno, sobre todos; Segantini, porque siente como yo y ve como yo el arte, realizándolo con admirable maestría... Segantini sería el gran pintor de nuestra Pampa, de nuestras montañas, de nuestro cielo...

—Sería interesante saber cómo busca usted los asuntos para sus cuadros, y qué opinión tiene usted de sus colegas.

—No tengo preferencia determinada en la elección de asuntos; procuro siempre inspirarme en la naturaleza que contemplo, tratando de fijar en el lienzo las emociones que esa misma naturaleza me produce. En cuanto a la opinión que tengo de los demás pintores, le diré que todos ellos me inspiran el mayor respeto, y que en cuanto a sus manifestaciones de arte podrán ser todo lo discutibles que se quiera, pero debe reconocerse que todos sus esfuerzos se desarrollan dentro de un criterio eminentemente artístico. Prueba de ello es el resultado obtenido en este sexto Salón, en el que a mi juicio se refleja un gran progreso, tanto en pintura como en escultura.

—¿Se ha dedicado usted a trabajos decorativos fuera del que hizo en el Palacio de Justicia de Roma?

—Sí; ya creo haberle dicho, que el arte decorativo ha sido siempre mi ideal. En Roma he decorado varias iglesias y palacios; en Montevideo decoré la Capilla del Santísimo Sacramento, y en colaboración con el malogrado compañero Carlos M. Herrera ejecuté las decoraciones del teatro Solís. Además tuve el honor de hacer los paneaux decorativos del hall del Pabellón Argentino de la Exposición de San Francisco de California...

Llegábamos a casa del pintor, calle Sáenz Peña, 1508, y en ella lo dejé, con la amenaza de una visita fotográfica con que ilustrar este deshilvanado reportaje, escrito con la buena intención, pretenciosa quizá, de darte a conocer, lector, un poco íntimamente, a este pintor que tiene el sano empeño de trasladar al lienzo la misteriosa poesía que guardan en su seno las cosas de esta tierra.

EMILIO DUPUY DE LÔME.

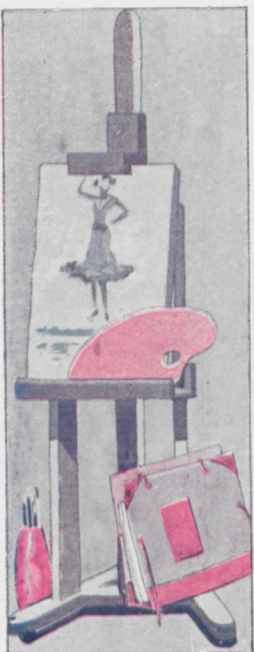


ARTE NACIONAL

INTERIOR DE LA IGLESIA SANTA MARÍA DE LA PAZ, EN ROMA

ÓLEO (INCONCLUSO) DE PÍO COLLIVADINO

BOCETOS DEL NATURAL EL DIBUJANTE



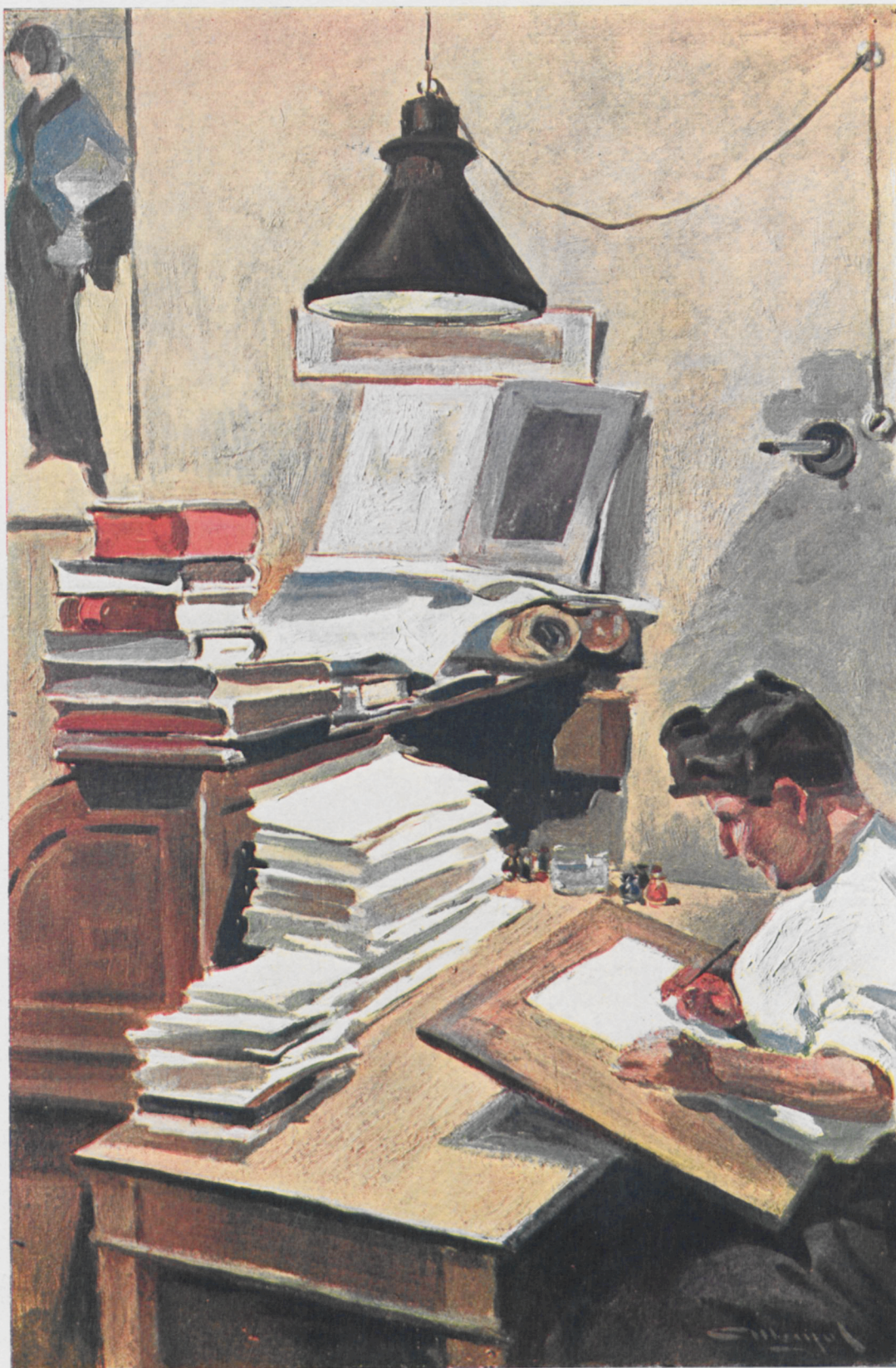
Existe en nuestra inmensa metrópoli una figura casi desconocida de todos: el dibujante.

Como en las grandes ciudades, este oscuro artista se halla incorporado definitivamente a nuestra escasa vida intelectual, y su labor constante y casi anónima pasa como una ráfaga, fijando un momento nuestra atención para desaparecer en seguida.

Ave nocturna, sólo se deja ver cuando las sombras de la noche han invadido la ciudad. Su vida se desliza silenciosa y tranquila, observando la de los demás, luchando valerosamente en un suelo poco sensible a las manifestaciones del espíritu. El pan cotidiano tiene que buscarlo forzando el ingenio, aguzando la observación que vemos más tarde reflejada en los diarios y revistas que invaden nuestra metrópoli, y que no logra distraer la atención más que un momento.

Rara vez veremos a alguna de estas aves extrañas tomar apuntes, fijar en el papel la escena o el tipo que le interesa. El temor a la exhibición le cohibe; el llamar la atención le acobarda; nuestro medio, rico en ostentaciones de otro orden, no admite todavía esas figuras alegres y pintorescas que contemplamos en las ilustraciones extranjeras y que parecen patrimonio de las ciudades seculares. La pátina del tiempo no ha suavizado aún nuestras ásperas costumbres y es probable que viéramos una nota exótica e inarmónica en el artista que en pleno día se aventurase a tomar un apunte en la Avenida de Mayo.

Por eso, su figura se desliza silenciosa, sin destacarse entre el bullicio. Su vida interior se alimenta calladamente, contemplando la vida urbana que le envuelve, sirviéndole de campo donde espiga los tipos y escenas que luego contemplamos un momento con indiferencia. Y en esas viñetas, que a duras penas alcanzan a interrumpir nuestros prosaicos discursos, no alcanzamos a ver más que lo que tienen de superficial, de objetivo, sin llegar



a penetrar el proceso íntimo y la partícula de alma puesta en ellas.

La vida material no le afecta gran cosa y se sorprende cuando le acorrala con sus imperiosas exigencias. Entra en la realidad empujado por ella, momentáneamente, pero satisfechos los urgentes apremios de su ley, vuelve de nuevo con nuevos bríos a su recogimiento interior, donde sólo impera el caudal inagotable de su inagotable fantasía.

Si queréis conocerle acudid a una de esas exposiciones de cuadros que de vez en vez celebra algún artista temerario, más amigo del prestigio que del dinero. Allí le veréis, acompañado de dos o tres colegas, contemplando los cuadros expuestos, y dando rienda suelta al comentario, mezclando nombres, citando escuelas y tendencias, avalorando estilos. Pero siempre temeroso, cohibido, como acobardado de que alguna opinión lanzada con cierta independencia pueda ser la nota discordante de nuestro medio, chato y aplana-

por falta de eco y que raras veces halla compensación en el comentario benévolo que provoca una silueta feliz o la caricatura certera.

Y durante la noche, a la luz de la lámpara, a solas en su cuarto o en la habitación de alguna revista, recogido en sí mismo, libremente, va fijando las imágenes sorprendidas o ilustrando el artículo que le fué confiado, poniendo en su modesta obra esa extraña combinación de arte y de oficio que habitualmente contemplamos impasibles y a veces nos deslumbra.

No le culpemos, ni seamos demasiado severos con nuestro medio que lentamente va cumpliendo la ley de la evolución; y admitamos las impacencias juveniles del artista, que son su fuerza, y el impulso de los nobles sentimientos que ha de llevarle, si es de los elegidos, a la aspiración suprema y predilecta de su vida.

ÓLEO DE MAYOL.

JULIO H. URIEN.



dor de puro indiferente.

Frecuenta con perseverancia esos establecimientos que a él se le aparecen como un torpe remedo de los cabarets del Barrio Latino, que sólo conoce por las lecturas de las novelas francesas; y saturado de romanticismo inofensivo, ejerce su cátedra entre el grupo de hermanos espirituales, que reciben con paciente agrado un diluvio de erudición artística y revolucionaria. Pasan escuelas y preceptos, formas y maneras. Desfilan los nombres de los artistas célebres, desde Robinson a Poul-Bot, desde Dulac a Gulbranson. La nota exótica adquiere relieve. Y el ambiente toma entonces un tono cálido y simpático, que irradia de aquel grupo de jóvenes soñadores e ingenuos, últimos paladines de una bohemia que agoniza.

Por eso, su espíritu no está con nosotros; vuela a otros países que quizá su fantasía le haga suponer mejores; y este divorcio se refleja a cada momento en la obra ligera, incompleta, un tanto descuidada



MISSIONES
✝

LAS RUINAS
DEL TEMPLO DE
SAN IGNACIO

PUERTA DE RICA ORNAMENTACIÓN INDÍGENA,
QUE DABA ENTRADA AL COLEGIO.

San Ignacio. En la costa la colonia nueva. A una legua las ruinas, que no se puede pasar sin ver...

Llegamos al templo, la obra cándida y magna de una arquitectura sin arquitectos, — obra del indio voluntario y sumiso y del fraile director, forzado a saberlo todo, sin vacilar jamás en la tarea dirigente, para mantener en alto su prestigio.

El frontis del templo, por su grandeza y su ingenuidad, se diría que fué obra de la niñez de un ciclope. Las esculturas que ostenta evocan en seguida el recuerdo de las portadas de los misales. Aquello es más litográfico que arquitectónico; par-

tiendo de esta hipótesis se supone en seguida que los frailes, sin conocimientos técnicos de construcción ni de ornamento arquitectónico, sin elementos con que sensibilizar a los ojos bisoños del obreiro indio el aspecto de los grandes templos de Europa, pusieron a su vista las páginas coloreadas y primorosas de los libros sacros, especialmente de los grandes misales, para que copiase en las piedras figuras y alegorías. Y el indio lo hizo fielmente, burilando grandes ángeles lanzados al vuelo, que tienen la gracia de haber sido trabajados allá arriba, en el propio muro, a varios metros de

altura, entrando en la talla las diversas piedras irregulares de que está constituida la pared.

Uno de los ángeles esculpidos en el lienzo en la derecha del frontis, lleva en la mano un vaso sagrado — y allí precisamente ha brotado de la piedra un delicado helecho, que parece arraigado en el cáliz del ángel. La copia escultural es concienzuda y hasta bella, pero carece de proporción y gracia en los relieves. En cambio, unas cabezas aladas que flanquean los dos grandes paneles en que está grabado el escudo de la orden, son primorosas, de expresión angélica.



LUGAR QUE SE DESTINABA A LOS JESUITAS.



PUERTA DE LA SACRISTÍA. ESTILO JESUITICO CON INFLUENCIA INDÍGENA.

Se pasa el pórtico, al que daban antiguamente acceso cinco o seis gradas que están sepultadas por el cascajo y la vegetación que en la tierra movida y gorda crece a saltos. El templo ha sido inmenso, —a ojo calculamos treinta y cinco metros de ancho por setenta de fondo. Están en pie también, aunque ruinosas y atacadas por la lepra de las intemperies, llenas de talofitas verdes y de *barbas de pau*, las paredes laterales y la del término, a medio derruir, soliviantada por las raíces. Parecía muy grande el recinto para una sola nave y buscamos rastros de división interior. Pronto dimos con un gran pozo, medio tapado por las plantas parásitas; seguimos buscando y hallamos dos filas de cavidades iguales, en las que sin duda hubo columnas de lapacho o urunday que formaron las naves laterales. En el interior del templo toda una selva vejeta y triunfa de la desolación, encantando las ruinas. Y son selectos, se diría elegidos a propósito los vegetales que dominan allí: naranjos colosales, plantas de yerba, graciosos «ambais» con hojas verticiladas que se abren como abanicos, helechos delicados como encajes, filodendros gigantes que en Buenos Aires valdrían nobles precios y que aquí brotan prodigiosamente, ahí entre las piedras, allá en las aristas de los muros o sobre la copa de los árboles, echando al aire, en el extremo de cimbreantes tallos de tres metros, sus magníficas hojas de quitasol y dejando colgar el gracioso manojito de sus raíces textiles, caraguataes monstruosos que lanzan del centro obscuro de sus hojas hostiles, como una carcajada de color, la nota fulgurante de su gran flor radiada, de tan vivo escarlata que no hay lacre, ni sangre, ni flor de seibo, ni boca de mujer que den idea siquiera de aquel ardiente color. Otras cien bromeliáceas pululan, bracean, forcejean por abrirse paso hacia la luz. Y abajo la chusma de yerbas rastreras y de bravas ortigas intrinca la maleza, hasta el punto de que hay que andar a tajos por naves, coros y galerías.

Adosado al templo está el vasto colegio. Más que clases parecen celdas las seis u ocho habitaciones sucesivas de 4 x 4 que componen aquel macizo de las construcciones. Es inconfundible el espacioso refectorio que las sigue, seguido a su vez de la despensa, en la que hay dos cavidades labradas en la piedra, que tanto han podido ser nichos de santos como alacenas de dulces regala-



PUERTA PRINCIPAL DEL TEMPLO.

dos y vinos generosos. Y hay allí también una abertura de media vara en cuadro que ha servido evidentemente para pasar los platos de la cocina contigua.

En esta despensa hizo el señor Queirel un interesante descubrimiento: observó que un gran naranjo que había crecido en el interior de dicha pieza, se empezaba a secar rápidamente, y buscando la causa pensó que tal vez el árbol había llegado con sus raíces a alguna cavidad subterránea y le había faltado alimento. Con esta idea hizo cavar allí, y a poco dieron con una escalera de piedra, por donde bajaron a un subterráneo de unos tres metros cuadrados. No tenía salida. Sin duda era un sótano; pero explorándolo se halló en él una pequeña urna de barro, debajo de la cual había una onza de oro, y en un rincón de la habitación subterránea, apareció a los ojos asombrados de los visitantes un esqueleto humano, evocando el final de quien sabe qué obscura tragedia.

La arquitectura del colegio o claustro revela un progreso visible sobre la del templo, a la vez que una data de construcción más moderna. Evidentemente, los padres jesuitas levantaron primero lo más urgente, la casa del culto, dejando para más

adelante la obra complementaria, que ya acusa una idea arquitectónica, un tanteo apreciable hacia un estilo determinado.

La portada del claustro es sobria y severa; y una puerta interior que va del refectorio a la despensa tiene hermosos detalles, sin que acierte a explicarse por qué se esmeraron en esta abertura doméstica, a menos que primitivamente concluyese la fábrica ahí y fuese esa una puerta exterior, quedando más tarde adentro a causa del desarrollo de las construcciones.

Con gran trabajo, por causa de la lluvia y porque hay que rozar a machete los ásperos malezales, llenos de ortigas gigantes que dejan en las manos una impresión de brasa, sacamos hasta una docena de fotografías, y entre ellas ésta, característica de la vegetación que allí pulula: sobre el capitel de una alta columna que flanquea la portada del claustro, allá arriba, en un pie cuadrado de base, un árbol bellísimo de ocho metros de altura, arraiga atrevidamente sobre la piedra misma y se lanza al espacio.

La hora de partir se acerca. La lluvia arrecia. No se puede seguir. El retorno se hace a todo escape, resbalando en el barro los caballos, caladas las ropas una vez más por la lluvia subsidiaria que cae de los árboles estremecidos por el galope. Sólo agregaré que ninguna descripción, ninguna de las que hay hechas y mucho menos esta mía, dan una idea, ni siquiera remota, de la magnitud de las ruinas de San Ignacio, que han de ser algún día, si no se las deja destruir por la barbarie, como se ha dejado a las de Candelaria, Santa Ana, Santa María, Yapeyú, Corpus y tantas otras, objeto de verdaderas romerías, de estudio y de meditación para las gentes cultas. Sólo allí, frente a frente con aquel pasado que aun resiste al olvido con no sé qué obstinada fortaleza, se alcanza a comprender cuánto pueden hablar aquellos hacinaamientos de piedra al pensador, al investigador, al arqueólogo, al sociólogo, al historiador filósofo. Es preciso conservar las ruinas de San Ignacio, siquiera esas, como herencia y recuerdo de una época que ha tallado alguna faceta de la civilización argentina. El gobierno que tal haga, hará una noble obra de previsión y de piedad histórica.

MANUEL BERNÁRDEZ.

FOTOGRAFÍAS DE JORGE CULLEN AYERZA.



ÁRBOL QUE SE DESARROLLA TREPANDO POR UN MURO.



«CORAZÓN DE PIEDRA», ÁRBOL LLAMADO ASÍ, POR HABER CRECIDO ALREDEDOR DE LA COLUMNA QUE SE VE EN EL CENTRO.

Páginas

femeninas

Artistas, sacerdotes de lo bello—Vuestra misión sobre la tierra es santa:—Dios es del arte la sublime idea;—Que su revelación el arte sea.— *Del Canto al arte*, de CARLOS ENCINA.

He confiado más de una vez a mis lectoras, cuanto me place que frecuenten la intimidad de mi «Home» donde se charla de todo un poco, haciendo gala de absoluta sinceridad, los viejos amigos de nuestro círculo porteño, y también los que supe conquistar en el extranjero, y que el destino suele traer a Buenos Aires, tal vez con el único objeto de proporcionarme algunas horas encantadoras...

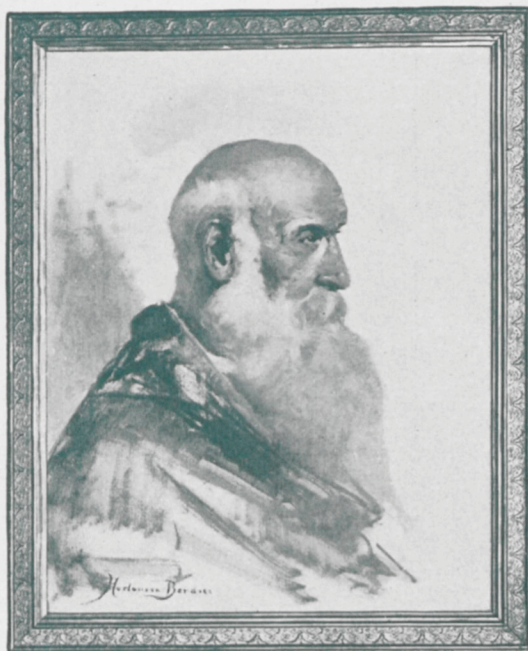
Y es así, como un atildado diplomático, a quien conocí chiquillo, en una larga temporada que pasamos en San Sebastián, y que recuerda sus exigencias de niño, obligándome a charlar, porque asegura que mis cuentos de ahora, son tan divertidos como aquellos del Pájaro Azul, o del Enano Rojo, que me hacía repetir hasta el cansancio, me ha preguntado más de una vez: ¿Por qué razón, ninguna



MINIATURA PINTADA SOBRE MARFIL, POR LA SEÑORITA DELIA GUERRICO.



PINTURA SOBRE MARFIL, DE LA SEÑORA JULIA CALVO DE ABELLA.



CABEZA DE ESTUDIO, ÓLEO DE LA SEÑORITA HORTENSIA BERDIER



ÓLEO SOBRE MARFIL, DE LA SEÑORA CALVO DE ABELLA.

de las damas altamente colocadas en la sociedad porteña, expone cuadros, miniaturas, o esmaltes, que sean obra de sus manos? No he de hablarle a usted, ahora, del derroche de belleza y elegancia de que hacen gala sus compatriotas; no, amiga mía: deseo documentarme sobre temas menos conocidos, y darle a usted argumento para nuevos cuentos de hadas... He conversado con muchas porteñas cultísimas, he oído a concertistas de primera fila, pero parece que estas argentinas, tan capaces de realizar cuanto se proponen, no tuvieran la menor inclinación por el arte del divino Rafael...

Se conoce que es usted absolutamente extraño a nuestro ambiente, exclamé: ignora la modalidad más común en la porteña de alta alcurnia, cuyas inclinaciones artísticas la hayan hecho dedicar al estudio largas horas de su vida...

Es casi siempre tan modesta, desconfía tanto de su propio mérito, que guarda celosamente para el hogar, o sus vinculaciones más íntimas, lo que ella cree «ensayos» y que suelen ser, sin embargo, acabadas obras de arte: pero el exhibicionismo la horroriza...

Y de esta conversación, surgió el anhelo de hacer conocer las aptitudes de algunas de nuestras más distinguidas aficionadas, entre las que contamos personalidades consagra-

das ya como artistas de primera fila, por los que han podido valorar sus obras. Entre aquellas, ha descollado siempre la señorita Hortensia Berdier, dama de espíritu culti-



MINIATURA SOBRE MARFIL, ÓLEO DE LA SEÑORA LUNA ALSTON DE GALLEGOS.

dísima, cuya serena y delicada belleza sería ideal inspiradora para el arte que cultiva con tan acabada perfección, consintiera en exponer sus obras, figuraría su nombre dignamente entre los más afamados artistas contemporáneos.

Doña Julia Calvo de Abella, es otra de las personalidades de nuestra aristocracia que atesora cualidades realmente excepcionales. Viajera infatigable, pues pocas de nuestras compatriotas han recorrido como ella toda Europa, ni han conocido el encanto de los infinitos horizontes africanos... Fué su vocación primera, la pintura al óleo: luego, en una de sus largas estadias en el viejo mundo, se dedicó a la miniatura, y a los esmaltes artísticos, con tan brillante éxito, como en sus estudios musicales, pues es también reputada como notable pianista.

Se destaca también, como distinguida miniaturista, la señorita Delia Guerrico, figura prestigiosa y atrayente de nuestra alta sociedad: si persevera en el camino emprendido, podremos contar con otra verdadera artista; y al recordar su gentil silueta, y la clara mirada con que estudia su modelo, no puedo menos de evocar el contraste entre las modernas cultoras de ese arte delicadísimo, y la ascética figura del monje Giulio Clovio, el ilustre artífice de la época del Renacimiento, que vestido de tosco sayal, iluminaba, con el divino arte de sus diáfanas manos, la triste celda de su claustro...

LA DAMA DUENDE.



Algo sobre las preferencias al estudio

Por
Carmen
Navarro
Viola



En esta vida todos preferimos... Y cada individuo tiene aptitud para realizar aquello que prefiere. El violin de Ingres es una excepción.

Junto a dichas disposiciones nace el apetito de ponerlas en práctica. (Pero Grullo pensaría como yo), y en poder o no satisfacerlo estriba gran parte de nuestra felicidad.

Algunas mamás regañan a sus hijas porque éstas no se aficianan a las tareas domésticas; palabras inútiles, nada han de conseguir de ellas en ese sentido.

Ciertas jóvenes dejan tantas distracciones fútiles y en su lugar saborean una lectura interesante... No se equivocan en la elección...

En pos de nuestra ocupación favorita, a pesar del placer que ésta nos proporciona, suelen seguir diversos contratiempos. Ejemplo: el político que demuestra la utilidad de sus principios (¡si los tienen!) y ve, después, triunfar a sus contrarios, etc.

No he acertado los desagradados que pueden suceder al estudio.

Afortunadamente no se opina ahora que:

... une femme en sait toujours assez
Quand la capacité de son esprit se hausse
A connaître un point d'avec un haut de [chausse.

Molière quiso privarnos de este gran deleite: la instrucción. Su intención fue justa: corregir un defecto, general en su época: la afectación del lenguaje, la pedantería; sin embargo, las preciosas, si no escribieron obras maestras, enriquecieron el idioma con la creación de palabras, expresiones y giros.

No pasa, pues, inadvertida la intervención de la mujer en la literatura francesa.

Harto conocidos son, para detenerme en ellos, los nombres de Margarita de Valois, Mademoiselle de Scudéry, Madame de Lafayette, Catalina de Vivonne y las elegantes que frecuentaban el Hotel de Rambouillet; Madame de Sévigné, Madame de Maintenon, Madame Campan, Madame de Staël, Georges Sand, etc.

Un proverbio español dice:

«Niño que bebe vino
y
Mujer que aprende latín
Tienen mal fin»;

pero la mayor parte de las mujeres doctas han poseído la lengua de Cicerón: la poetisa mejicana, Sor Juana Inés de la Cruz; la ilustre doctora de la Iglesia, Santa Teresa de Jesús; la noble reina Isabel la Católica, y sus hijas; y su erudita profesora doña Beatriz Galindo, alias «La Latina», quien fundó un gran hospital en Madrid; éste, y el barrio en que fue construido se llaman: «La Latina».

Empleando sus últimos años en el ejercicio de la caridad, ¡cuán lejos estaba de acabar mal!

La satisfacción es el término del placer. Como el del estudio es insaciable, concluirá junto con nuestra vida.

Unos leen para recrearse, otros para aprender; éstos, ansiosos de hallar la verdad; aquéllos, en busca de argumentos defensores de la verdad que poseen o creen poseer de cualquier modo, ¡parecen tan cortas las horas cuando trata uno de saber!

Bien haya el progreso... o el completo en los tranways.

¡Sí, señor! Bien haya el Progreso y loor al que ideó el tranway eléctrico... Pero, ¡ay! que en este pícaro mundo todo tiene su pro y su contra... Bien es verdad, que los que tenemos la suerte de vivir en estos benditos tiempos de la electricidad, de la telegrafía sin hilos... de otra porción de cosas... sin hilos (y sin ilación tal vez) de la viabilidad aérea y mil otras cosas estupendas, tenemos que sufrir también — y a veces ¡en qué forma! — las incomodidades inherentes a todo lo que es humano, y por ende, perfectamente imperfecto!

Todas estas reflexiones, caras lectoras, vienen ¿a cuento de qué? Pues con motivo de las que me sugiere una de mis últimas correrías por los barrios más céntricos, en horas de tiendas — por supuesto. — Soy una persona — y conste que sé que hay muchísimas en mi caso — que necesita hacer por sí misma sus comisiones. Pues bien, después de haber *lentreado* de lo lindo (vocablo que hallo de lo más justo) y hecho las de la hormiguita, después de haberme tropezado con cien mil extranjeros que pululan por estas calles, — y ¿dónde están los argentinos? pregunto — Buenos Aires se me antoja a esas horas, un enorme kaleidoscopio cuyos colores se suceden sin interrupción... Las vidrieras resplandecientes de luz, la gente que circula, que se adelanta, jadeante, que se atropella, que pasa — ¡que trata de pasar a toda costal — magullándola a una... ¿Pero esto es Buenos Aires? me digo. Uno se topa aquí con una rubicunda inglesa... más allá una alemana que parece — más que mujer — un barril lleno de cerveza, el cual por un prodigio pudiera caminar, así, a trancos... Ahí es de ver, rusas, polacas, con su mirada aviesa y su cara enigmática, hablando una jerga ininteligible... a veces leyendo por la calle su «Novoe Vremya», cuando no soñan-

do con su *Polonia* y *Varsovia*. Este es Buenos Aires a la tarde, a la hora de compras en el centro...

...Ahora, el problema es encontrar el tranway que me ha de llevar a casa... Me sitúo en un paraje conveniente y me pongo a esperar con calma... ¡qué si quieres! Pasan dos, pasan diez y veinte tranways; todos los números habidos y por haber... números incomprensibles para mí... toda vez que no es mi número! Por fin, después de tres cuartos de hora de angustia, me parece distinguir mi tranway... Los ojos se me salen de las órbitas, ¡me parece mentira

tanta belleza! Miro el tablero donde está el número bendito, el que yo necesito. Lo miro lo mismo que los Reyes Magos contemplaron la estrella famosa que los guió a Belén... Pero, ¡ay! viene completo. ¡Completo! El motorman, a mi gesto de querer subir, me indica con ademán olímpico: ¡está completo! Qué desilusión. Otro cuarto de hora de espera, de angustia... Vuelven a pasar y a repasar, hasta que al fin puedo encaramarme en uno; y subo, en efecto... ¡Horror! el único sitio disponible, es la mitad del asiento en que viene muellemente sentado... ¡un barrendero! — ni más ni menos (auténtico). —



Por Maria Teresa Moreno

Bueno; hago de tripas corazón y me siento. Al mismo tiempo veo que el tal me dirige una mirada *principescamente* — mirada que hubiese envidiado el mismo Duque de Aosta.

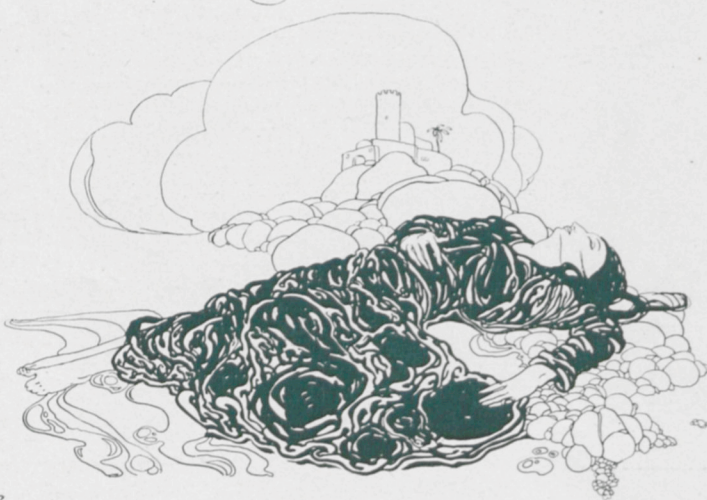
Por fin, llega el momento — que todo llega en este mundo a los que saben esperar — llega el momento de bajarme, y descendiendo del tranway, y los cortos pasos que tengo que dar, hasta mi casa, me parece hacerlos como sonámbula... Es que vengo totalmente mareada, como que allí en esa atmósfera los perfumes que he tenido la suerte de aspirar, no eran ciertamente de la fábrica de Houtegant ni de Coty...

...Llego, y al verme sana y salva, prorrumpo en una delirante y homérica carcajada. ¡Sí, señor! Magnifiquemos nuestras cosas; encontremos que vivimos en el mejor de los mundos posibles, que es una gran cosa el Progreso; pero pongamos ¡por favor! las cosas en su verdadero lugar... y, sobre todo, seamos más equitativos... Que nos pongan en condiciones de poder trasladarnos de un punto a otro de la ciudad, sin retrasos, ni contratiempos, ni fastidios. ¡Más coches, señores de la Compañía de Tranways! y todos saldremos ganando: ellos, su dinero, y nosotros nuestro tiempo — ¡y a veces nuestra tranquilidad!

Menos mal, todavía con el actual sistema se nos ahorra aquel espectáculo dantesco o abracadabrante, de aquellos infelices maturos que apenas podían sobrellevar la carga muy superior a sus fuerzas, y entonces era de ver... el espectáculo desagradable y antiestético, de las pobres bestias jadeantes, esqueléticas, con las fauces abiertas y respirando ansiosas... ansiosas de que terminase esa lucha sin fin a que los hombres despiadados las condenaban... Gracias a Dios, ese triste espectáculo ha pasado ya al dominio de «Cosas de otro tiempo».

¡Bien haya el Progreso!

Leyenda turca ~ Por Luisa Israel de Portela.



En uno de mis viajes por las pequeñas aldeas de Turquía, en un islote perdido dentro del Mármara, me contaron una historia sencilla y triste: Era la leyenda del traje negro.

Selika, esposa del guerrero Ackmid, mujer prodigiosamente bella, poseía un poder extraño y dulcísimo en sus pupilas negras forradas de fuego, en su voz lánguida, en sus labios purpúreos y en su gesto altivo.

Era en aquel tiempo la inspiradora de sublimes ideales, de pasiones terribles y de tenebrosos crímenes. Idolatrada por Ackmid, a quien también ella adoraba, ni por un instante se separaba del héroe. Le seguía en sus excursiones guerreras contra tribus enemigas, en sus travesías de los mares, en sus ascensiones de las cumbres.

Mas a pesar de unión tan perfecta, una sombra manchaba la blanquísima frente de Selika; y era ella proyectada por la pasión del temible Macub, quien, furiosamente celoso del jefe que fuera preferido por Selika, había jurado arrancar a su amada de los brazos de Ackmid.

Para que este funesto designio pudiera llevarse a cabo, era necesario que muriese el noble, valiente y feliz Ackmid. Y murió. Murió ahorcado por sus propios enemigos, después de una odiosa traición.

Selika, ahogada en llanto, con el alma deshecha, comprendió, inspirada acaso por el

espíritu de su esposo, que Macub se apoderaría de ella. Entonces tuvo fuerzas para huir. Huyó, perseguida por los esbirros del monstruo, y viéndose a punto de caer en manos de aquellos hombres, la divina Selika de los labios purpúreos y pupila de fuego, se precipitó, loca de terror, en el Mar Negro.

Tal vez el dios del Mar era su abuelo... La mecío en sus ondas tempestuosas y luego, suavemente, la depositó sobre las rocas desnudas. Selika surgía de las aguas, envuelta en negra túnica; negro también su velo de púrpura...

Desde entonces, vagaba de noche por los campos, consolando a los tristes; pero Macub, cuando atravesaba por entre las tribus acampadas, no logró ver jamás la sombra negra destacarse en el fondo obscuro de los bosques.

Y se cuenta en las pequeñas aldeas de Turquía, en aquel islote perdido en el Mármara, que a ejemplo de Selika, la inconsolable enamorada, todas las pobres amantes, llenas de pesar por la muerte del esposo, tifieron de negro sus vestiduras para mezclarse con las tinieblas nocturnas las congojas de sus almas tristes y fieles.

Y poco a poco, en todas partes del mundo, la humanidad, como obedeciendo a un fatal destino, fué imitando a la divina Selika de los labios purpúreos y de los ojos de fuego.

Nuestras actrices

ORFILIA RICO

Es la más completa de nuestras actrices cómicas, por su gracia natural y espontánea, y por ser sin duda la que más se identifica con los personajes que crea, sintiéndolos y hablándolos como si los viviera. Tan buena observadora como humorista, supo copiar sin exageraciones todos los gestos, ademanes y voces de esas señoras que en el vasto teatro de la vida criolla hacen papeles de «características». La señora Rico es en el prosenio «Misia Orfilia».

«Nací en Montevideo», me dijo la Rico, mientras le cambiaba el agua a una jaula de canarios. Quise que precisase la fecha, pero se me escapó por la tangente, diciéndome que en Semana Santa y de ahí no pude sacarla. Fué su padre artista, cumpliéndose una vez más el adagio: «De tal palo tal astilla». Cursó en la República Oriental los estudios elementales y fueron sus compañeras de colegio, muchas de las empingorotadas señoras que hoy figuran en las listas sociales de Montevideo.

A los 14 años, jen la primavera de la vida!, se presentó por primera vez ante el público, en una compañía española, pero su iniciación verdadera en la carrera artística, la hizo bajo la dirección de Enrique de María, en el Odeón de Montevideo, con la compañía de Jerónimo Podestá, en la que actuaban todos sus hijos... Blanca, María, Anita, Arturo, José... Alfredo Gobi, Goyo Acosta y otros que ha olvidado, siendo su primer papel el de la característica de «Los Boqueños».

Colgaba ya la jaula del dichoso canario, cuando le pregunté cuál era su obra favorita, y me respondió cantándome en un falsete desafinado aquello de: «¡Me gustan todas, me gustan todas, me gustan todas en general!...» Dió fin al cantito con un «gallo», naturalmente, y le puso una lechuga al canario.

«Las de Barranco» es la obra que más veces ha hecho y la que más aplausos le ha valido. Autores, no prefiere a ninguno. ¡Son



tan quisquillosos!, pero como su género predilecto son las comedias, lógico es suponer que los autores de este género gozarán de su predilección.

Tiene la Rico cuatro hijos: Sarah, Rodolfo, Carlos y Félix. Dos de ellos, Rodolfo y Félix, se dedican al teatro. El último reúne las dos aspiraciones del hombre: ser «felix» y ser «rico».

Dejó, por fin, tranquilo al canario, y al bajarse de la silla en que se había subido para tirarle besitos, casi se cae, justamente cuando yo le preguntaba que hubiese querido ser, si no hubiese sido artista.

— ¡Acróbata! — me contestó indignada.

Ha recorrido casi toda la República. Es un poco supersticiosa; no le teme al público, pues le quiere y no se puede temer a quien se quiere. Sus noches más felices son las de su beneficio, y las más «desveladas», las vísperas de pagar el alquiler.

— ¿Ha pasado usted algún momento de angustia? — le pregunté.

— Sí, una vez y justamente en escena, no hace muchas noches, ¡ay sí! Mi vida se deslizaba tranquila, apacible; yo parecía un río sereno... (Todo esto me lo dice con gran suavidad, de pronto cambia de tono.) Cuando hace pocas noches, no sé por qué diantre, me quedé sin voz en escena. Viera... por más que estiraba la trompa nada... no salía ni palabra... «¡Ya me quedé muda», me dije!... pucha y si no es por un esfuerzo de voluntad, casi me salgo de la escena. Yo creía que me había atorado, ¿no? Pero parece que no fué ator. ¡Mire si me quedo muda! ¿no? Me habría tenido que dedicar al cinematógrafo... ¡Qué susto!

Dicho esto, tomó una escoba y se apoyó en ella, como diciendo:

— ¡Caballerito, aquí tenemos mucho que hacer por las mañanas y usted se querrá ir, ¿verdad?

Comprendí la indirecta y me marché, convencido de que hasta muda esta mujer, sería la primera actriz cómica del teatro nacional.

EL DOCTOR MISTERIO.

ORFILIA RICO, QUE CON PABLO PODESTÁ Y PARRAVICINI HA HECHO UNA BRILLANTE TEMPORADA EN EL «ARGENTINO».



LA POPULAR Y GRACIOSÍSIMA CARACTERÍSTICA CON SU PRIMER NIETO «BABY MARRÁN».



ASPECTOS DE BUENOS AIRES

RINCÓN DESCONOCIDO



Deliciosos, salu-
bles y nutritivos
para los niños.

BIZCOCHOS CANALE

Insustituibles a la hora del té

CURIOSIDADES DEL JAPÓN



ARCO NATURAL DE MATSUSHIMA.



de fama —
— universal

EMBELLECE Y PERFUMA
EL CUTIS



¿Por qué no lo
prueba usted?

Los japoneses pueden asegurar, sin exageraciones retóricas, que viven sobre un volcán, o mejor dicho, sobre varios volcanes. Todo ese colosal dragón que representa en el mapa el archipiélago japonés es una cadena de cimas volcánicas pertenecientes a montañas sumergidas en el mar. Aquellos millares de islas han sido modelados por titanes que los cocieron con el fuego de las entrañas terrestres y los apagaron con las olas del océano.

Un trozo de plomo derretido que se sumerge en agua adopta raras y sorprendentes formas. Así la tierra japonesa ofrece aspectos fantásticos, retorcida, convulsionada, semejante a una pesadilla de la materia. Entre esos espasmos del suelo hay sitios donde la naturaleza ofrece una placidez, una calma majestuosas, algo así como el pesado reposo que sucede a los grandes cataclismos.

Cuando no se conoce el paisaje japonés más que por las reproducciones del arte nipón, resulta increíble, fantástico para nuestros ojos acostumbrados a otros aspectos de la belleza natural. Pero, según comprueba la fotografía, los pintores del imperio del Sol Naciente no hacen más que reproducir con toda fidelidad el semblante de su patria. De igual manera que el alma de los hombres blancos es distinta del alma de la raza amarilla, el paisaje japonés no se parece al nuestro.

El japonés adora su país con artística pasión. Raro es el habitante de aquellas islas que no haya recorrido el imperio en piadosa peregrinación, sin recurrir a los ferrocarriles y empleando los buques solamente cuando necesitan pasar de una isla a otra.

El turista nipón además de un devoto es un artista que siempre traduce sus impresiones en una obra, ya sea ésta diminuta figurita de marfil, una poesía o un kakimono, como se llama a los cuadros en japonés. Días enteros consagra a contemplar un paisaje, un árbol, una flor; la paciencia más exquisita y el gusto más delicado distinguen a los hombres de aquella raza laboriosa y fuerte.

Y el entrañable amor del japonés hacia su tierra es también extraño. No se trata de un suelo muy hospitalario; los temblores de tierra son frecuentes y producen millares de víctimas.

El Asama - Yama, una de cuyas violentas explosiones copia uno de los fotograbados que ilustran estas líneas, y el Shirane-Yama pueden compararse a los más terribles volcanes del mundo.

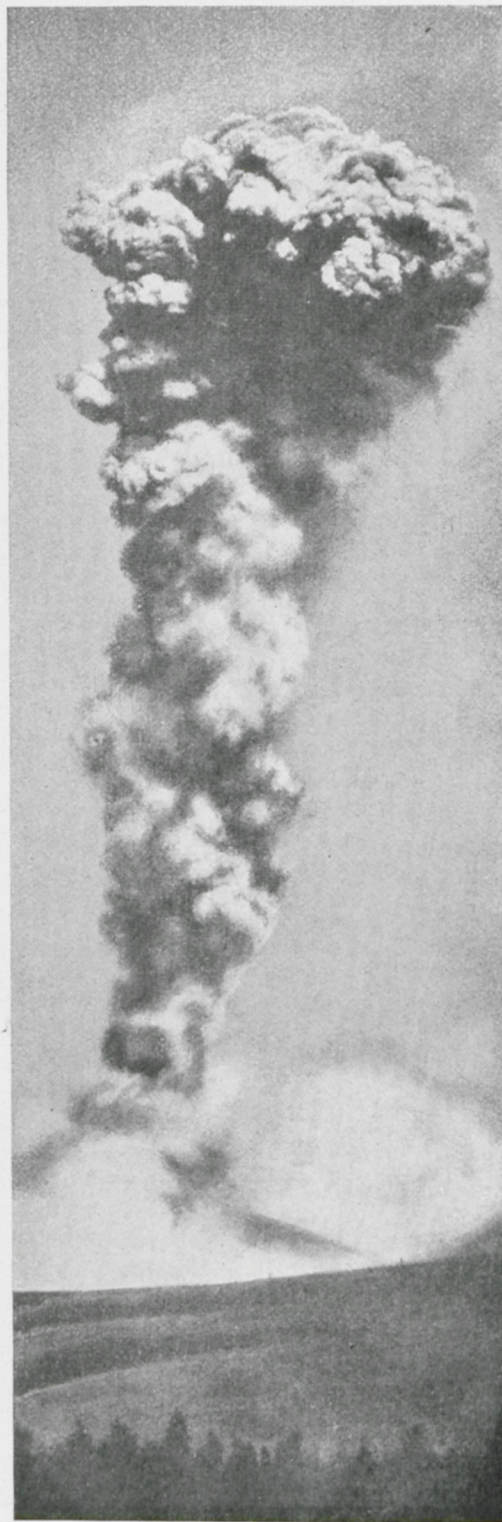
Y, sin embargo, oíd como un poeta japonés, el célebre Akahito, canta inspiradamente en loor del volcán Fuji: «Desde el tiempo en que fueron separados el cielo y la tierra, altanero, venerable, divinamente aislado, el monte Fuji se yergue en el país de Suruga. Cuando sondea con la mirada la llanura celeste, la misma luz del sol se oculta, el resplandor de la luna se enmascara, las blancas nubes se detienen en su camino. Sin cesar cae sobre él la nieve. Yo querría cantar continuamente, continuamente glorificar al monte Fuji sobre la llanura de Tago. Salgo para mirarle. ¡Ah! Toda blanca como nieve recién caída es la cima del Fuji.»

El otro fotograbado que acompaña estas líneas representa una de las curiosidades del archipiélago de Matsushima.

Matsushima, Ama-no Hashidate y Miyajima, son los tres *Sankei*, o maravillas del Japón. Los célebres paisajes de Matsushima poseen un encanto indescriptible. Hay en aquella región más de mil islotes que sorprenden y maravillan.

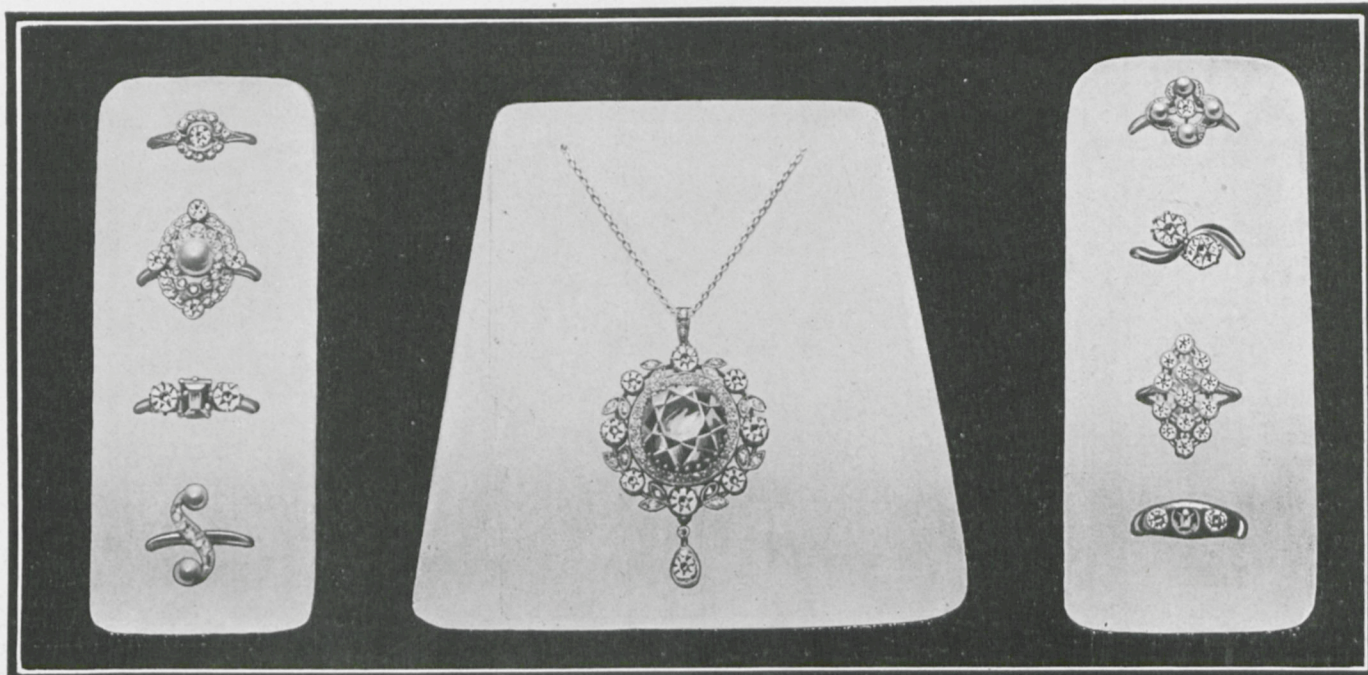
Este arco natural, que parece formar parte de las ruinas de una fortaleza, es uno de los muchos que existen en los islotes floridos de Matsushima, y se distingue por su grandiosidad y belleza.

Describiendo aquellos islotes dice Luis Aubert: «Los troncos y las ramas se retuercen en gestos de forzada expresión, gestos de actores japoneses». ¿No tiene este arco algo de escenario?



ERUPCIÓN DEL VOLCÁN JAPONÉS ASAMA - YAMA, QUE ALCANZÓ UNA ALTURA DE 1.500 METROS.

ALHAJAS DE DISTINCIÓN



Las joyas del más refinado buen gusto y de los estilos que luce actualmente la aristocracia europea, son las que figuran en nuestro notable Departamento de Joyería de lujo.

28-FLORIDA-36

Mappin & Webb

BUENOS AIRES

CASA VACCARO

Establecida en el año 1885. - Es la casa más acreditada de la República, en las operaciones siguientes: Cambio general de moneda; Compra y venta de Títulos de Renta, nacionales y extranjeros; Cobranza de cupones; Lotería Nacional y toda comisión bancaria que se le encargue. Correspondencia a Severo Vaccaro - Avenida de Mayo, 646, Buenos Aires.



Muebles

norteamericanos
para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para
señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires

El sabio astrónomo del Observatorio Nacional de París, M. P. Puiseux, ha publicado en la revista *Scientia*, que ve la luz en Milán, un artículo sumamente interesante, del que ofrecemos aquí una síntesis.

Sin necesidad de hacer un grande esfuerzo de imaginación, podemos suponer en la hipótesis de que la atmósfera terrestre, más espesa y nebulosa que de ordinario, nos hubiese privado la visión de los cuerpos celestes, dejando, sin embargo, pasar la luz. Las ciencias físicas, sin más campo de estudio que nuestro globo, se habrían visto entonces privadas de algunos capítulos interesantes. La Astronomía no hubiera existido más que como una conjetura, pero la geología se habría podido desarrollar, y acaso hubiera llegado a la convicción de que la Tierra ha pasado por aspectos muy distintos del que actualmente presenta y de que aún está llamada a transformarse en lo sucesivo.

No ha mucho que la primera parte de esta fórmula goza de un crédito sólido y universal, debido a los perseverantes estudios de los geólogos. Hoy día todos admiten, sin que sea preciso insistir en ello, que la superficie de la Tierra ha estado durante mucho tiempo sometida a un exceso de calor que no toleraba las formas vivas; que elevadas mesetas han ocupado durante muchos siglos el espacio de los mares, que las regiones vecinas a los polos han conocido en otro tiempo un clima templado, capaz de desarrollar una vegetación exuberante.

Los geólogos que nos reconstituyen esos cuadros sugestivos, les asignan un orden de sucesión relativa, pero no les dan fechas precisas, pues, como dice Eduardo Suess en su clásico libro *La face de la Terre*, en vano se busca una medida común entre las duraciones geológicas y las duraciones históricas. No hay duda de que nos vemos llevados a considerar grandes espacios de tiempo para el depósito de los sedimentos, para la formación de los repliegues montañosos, para los cambios de la fauna y flora, si queremos que estos fenómenos se hayan desarrollado siempre a la marcha que revelan las observaciones corrientes. Pero esta creencia conserva ya pocos adeptos, y hasta éstos admiten que puede ser útil recurrir a la Astronomía para asignar límites a la duración posible de las edades geológicas.

Los cambios de que se trata no son observados ni en la Tierra ni en los planetas análogos a la Tierra, sino sobre estrellas más bien comparables al Sol.

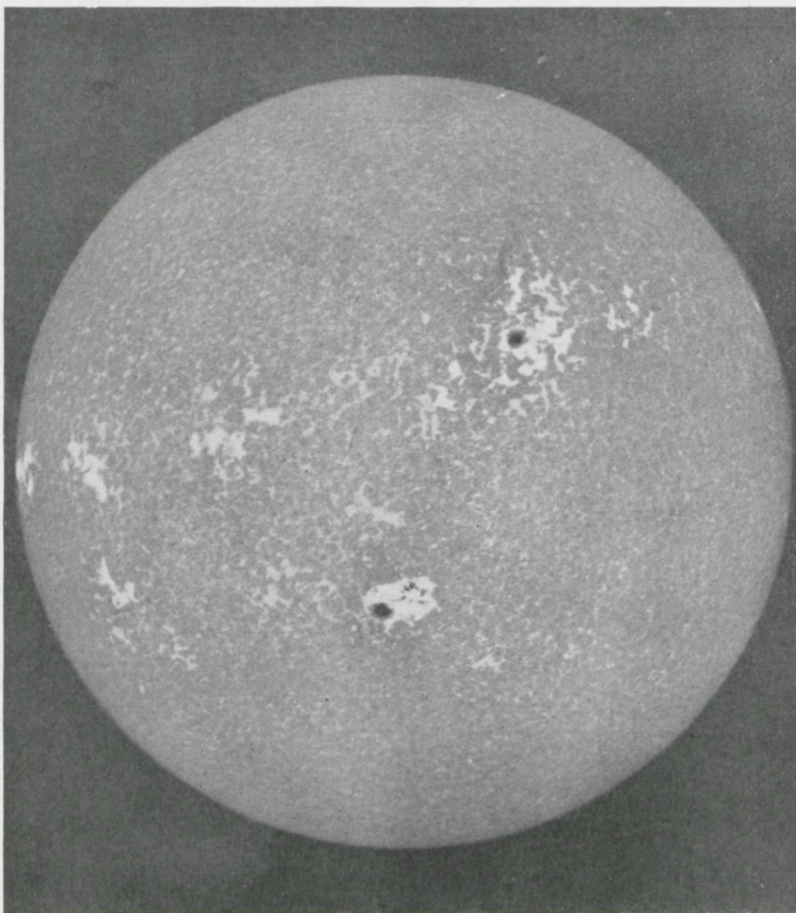
Teniendo presentes las consecuencias biológicas, tres son los factores esenciales que deben ponerse en línea: la composición del aire, la circulación del agua entre la atmósfera y el Océano y el mantenimiento de la temperatura anual entre límites no muy alejados, en la proximidad de una media, de unos 17°.

El interior del globo constituye sin duda un depósito de calor importante, pero este calor no llega a la superficie, como vemos por la diversidad de los climas y la rapidez de la oscilación diurna. Ni la permeabilidad que la corteza terrestre ofrece al calor, ni las transformaciones radioactivas son capaces de destruir la acumulación de los hielos en los polos ni de evitar su aumento periódico. La presencia en el suelo del más rico mineral de radio no es obstáculo al enfriamiento nocturno. Que se extinga el Sol, y esos recursos internos reales, pero ineficaces, no impedirán que los casquetes polares invadan el globo entero, que la circulación acuosa quede paralizada, que baje la temperatura en todas las latitudes. Estos cambios desastrosos se producirían en pocos años.

Así, pues, si los climas terrestres oscilan alrededor de medias casi fijas, es debido a que lo que nuestro globo recibe hace equilibrio a lo que gasta. Es, pues, preciso que el influjo solar, única fuente eficaz de esta entrada, se conserve. Esta conclusión puede considerarse como adquirida por unos veinte siglos del pasado. Ni el nivel de los mares, ni la extensión de los glaciares, ni los límites de los cultivos delicados han experimentado durante este intervalo cambio alguno general y progresivo. El astrónomo versado en el estudio de las estrellas variables estimará que debemos felicitarnos de este resultado. Comparado a muchos de sus congéneres, el Sol es una fuente muy constante, a despecho de las manchas que aparecen en su superficie y que pueden multiplicarse en la relación de 1 a 20 en algunos años. Era de temer que un astro tan manifestamente sujeto a una fluctuación rítmica no tuviese igualmente una variación secular bastante rápida. Más caliente, más voluminoso que la Tierra, gasta evidentemente mucho más, y no puede contar con un socorro extraño para reparar sus pérdidas. Bien es verdad que no teniendo costra sólida está en mejores condiciones para utilizar su calor interno.

De cualquier modo que sea, el Sol ha atravesado, sin debilitarse sensiblemente, las edades históricas. Este precedente puede hacernos concebir con cierta seguridad nues-

CÓMO MUEREN LOS PLANETAS



ESTA ESPLÉNDIDA FOTOGRAFÍA DEL SOL, FUÉ TOMADA CON EL TELESCOPIO DE SNOW, EN EL OBSERVATORIO DEL MONTE WELSON, EN CALIFORNIA. SE VEN EN ELLA NUBES LUMINOSAS DE VAPOR DE CALCIO QUE FLOTAN SOBRE LA SUPERFICIE SOLAR. ESAS NUBES SON LAS MANCHAS MÁS BLANCAS. NO SON VISIBLES A LA SIMPLE VISTA Y NO APARECEN EN LAS FOTOGRAFÍAS TOMADAS AL USO CORRIENTE; ES NECESARIA UNA PREPARACIÓN ESPECIAL DE LOS INSTRUMENTOS PARA OBTENER FOTOGRAFÍAS COMO ÉSTA.

tro porvenir para un lapso de tiempo casi igual. En idénticos límites las fórmulas de la Mecánica celeste nos hacen prever para el sistema planetario una configuración casi estable. Ningún planeta está bajo la amenaza de precipitarse, dentro de poco tiempo, sobre el astro central o de perderse en las profundidades del espacio.

Mucho se ha investigado en todos sentidos, y siempre con poco éxito, cómo puede el Sol mantener largo tiempo su incandescencia. La contribución que recibe de otras estrellas es insignificante. La energía cinética representada por los movimientos internos no va muy lejos. Las acciones químicas no son más que un expediente provisional y de corta duración, si el combustible no es renovado. La caída de los meteoros debería, para ser eficaz, ser extremadamente abundante, y los cometas que pasan cerca del Sol no manifiestan ni la presencia de un medio resistente ni el aumento continuo de la masa central. Las transformaciones radioactivas de la materia han parecido un momento poder salvar la situación, pero ellas no abarcan tampoco más que un tiempo limitado, no parecen ser reversibles, y si lo fueran, absorberían la energía en vez de liberarla. Le queda al Sol la facultad de contraerse, pero ya lo ha hecho en demasía y se prevé el momento en que este recurso le faltará.

La densidad media del Sol, superior a la del agua, pero inferior a 1/4 a la de la Tierra, parece débil por comparación. En realidad, es muy grande para un cuerpo de extensión semejante, sobre todo si se tiene en cuenta que se halla desigualmente repartida. Las capas superficiales, las únicas que nos envían su luz o que pueden sufrir el análisis espectroscópico, son, sin duda alguna, muy raras. La gravedad parece estar allí muy eficazmente combatida por la presión de radiación. Pero a medida que se penetra en el interior del astro, la densidad necesariamente debe aumentar, la gravedad vuelve a adquirir todos sus derechos, y la presión alcanza un número formidable de atmósferas.

M. R. T. A. Innes, en un reciente estudio (*South African Journal of Science*) dice que hay un agente además de la temperatura, y que una presión excesiva basta a ponerlo en juego. Podría tratarse de una liberación de energía atómica transformando los elementos pesados en elementos ligeros, hidró-

geno, helio, nebulio, arconio; éstos últimos entrevistos solamente en las nebulosas. Esta fuerza de acción en el Sol está lejos de haber producido en él todos sus efectos, y podría un día u otro procurarnos alguna sorpresa formidable.

Los resultados más adelantados pueden observarse en las estrellas blancas, donde el espectroscopio no revela ya las rayas de los elementos pesados. Las estrellas nuevas no han mostrado una metamorfosis total realizada en un tiempo tan corto que la palabra explosión no parece exagerada para pintarla. Y el paso de la estrella solar a la nebulosa acaso no sea más que un preludio de ella.

La tendencia actual del Sol no sería, pues, la de contraerse y extinguirse, sino la de dilatarse y disolverse. Algunos fragmentos relativamente pequeños, destacados con violencia, podrían ser salvados de una destrucción total. La observación, que nos indica el carácter probable de la transformación futura, no nos dice cómo se obraría su repercusión sobre los planetas ni si debemos considerar como próxima la catástrofe. La estadística estelar es tranquilizadora en un sentido, pues no se han presentado muchas ocasiones para observar extinciones o grandes recrudescencias. Desde otro punto de vista es inquietante, porque los únicos cuerpos celestes a los cuales hay fundamento de atribuir una densidad media igual o superior a la del Sol, tienen masas mucho menores.

Los planetas no deben sólo temer una transformación brusca del hogar común que les alumbró y calienta. Cada uno de ellos puede tener también en su estructura interior el germen de una crisis mucho más seria que las fluctuaciones de que la superficie de nuestro globo nos da el espectáculo. La Tierra comparte con el Sol el honor o el peligro de ser un caso extremo. En el cuadro de las densidades medias de los planetas vemos que sólo Mercurio nos sobrepaja, y sin duda es un lujo que le permite su débil masa. En la superficie de la Tierra la densidad es ya más del doble que la del agua. A diez kilómetros de profundidad la temperatura (300 grados C.) no tiene nada de inconcebible, pero la presión (2.000 atmósferas por lo menos) excede a nuestras posibilidades de experiencia, y ninguno de los materiales corrientes puede soportar ciertamente esfuerzos semejantes sin quebrarse. No pue-

subistir vacío alguno notable. El agua no debe poder circular por allí bajo ninguna forma. Las infiltraciones de la lluvia o de los ríos, las mismas del fondo de los mares son rechazadas seguramente mucho antes de alcanzar esta profundidad. No queremos con ello poner en duda que los elementos del agua existan en las lavas volcánicas en el momento en que se desprenden.

M. Innes ve otra causa: un cambio total de estructura molecular, cambio determinado a cierto nivel por el exceso de presión. Existiría liberación de la energía intra-atómica, cual vemos en las transformaciones radioactivas; pero todos los elementos químicos, o casi todos, estarían en ello interesados. Aquí debería buscarse el origen de las erupciones y de las sacudidas sísmicas. No debe extrañarnos la intensidad de estos esfuerzos si notamos, con Sir William Ramsay, que el radio puede emitir dos millones de veces más de energía que la cordita, uno de los más potentes explosivos que se conocen.

Es muy probable que esta capa de transición no sea, en realidad, muy espesa, y que a un nivel más bajo las estructuras moleculares complicadas no son ya toleradas. De ese núcleo inerte, inaccesible a nuestras experiencias, conocemos indirectamente algunas propiedades. Las operaciones geodésicas, combinadas con la medición de la gravedad, nos muestran que a unos 100 kilómetros de la superficie las diferencias de densidad se hallan casi borradas. Las sacudidas superficiales se transmiten a través de la región central con prontitud y nitidez maravillosas. Todo el conjunto del globo resiste a las acciones deformantes del Sol y de la Luna tanto como pudiera hacerlo el mejor acero.

No existiría peligro en que las envolturas se hicieran impermeables al calor, sino más bien en que se aventasen en polvo. Una y otra perspectiva no evocarían aparentemente, en lo que nos concierne, más que ejemplos raros o vencimientos lejanos. Preferiríamos llegar a una conclusión de carácter más práctico. Esta inestabilidad de que de vez en cuando sufrimos los efectos, y que parece ligada a la gran densidad media de la Tierra, ¿está en camino de agravarse aún? ¿Es, al contrario, un porvenir más apacible el que nos hacen presagiar el estudio histórico del volcanismo o la observación comparada de los cuerpos celestes?

Podemos demandar una indicación muy preciosa al examen de la superficie de la Luna. La historia pasada de nuestro satélite está allí escrita en términos más claros que los de la Tierra, en razón de la ausencia de los sedimentos y de las capas oceánicas. La sequedad extrema de la atmósfera hacen de ella un verdadero conservatorio de formas volcánicas de todas las edades. En muchos casos las fuerzas interiores, solicitando una corteza ya resistente, han hecho aparecer en ella relieves en contradicción manifiesta con el equilibrio de los flúidos, con las leyes de circulación de los hielos y las aguas.

Grandes formaciones cuadrangulares obrando en el sentido vertical, depresión de estas formaciones en toda su parte central, paso del rombo al exágono por el mantenimiento de los ángulos agudos, círculos regulares con huecos concéntricos limitados en su expansión por diques ya formados, círculos más profundos con picos salientes y montañas centrales, conos más pequeños en todas partes, con preferencia marcada hacia las crestas y las roturas, forman una serie geométrica donde el orden de los términos no podría ser invertido. La disminución constante de la extensión abarcada sigue el orden cronológico de las formaciones. Siempre el rombo sucumbe ante el exágono, el exágono ante el círculo, la cuenca de fondo plano ante el círculo profundo. Los pequeños conos llegados en último término se parecen enteramente a nuestros volcanes terrestres por su asociación en series lineales, por sus formas salientes excavadas sólo en la cumbre, por su amplitud de modificar el suelo a su alrededor sin tener en cuenta el relieve anterior. Pero toda esa actividad parece haberse extinguido mucho antes de ganar la superficie entera, y un examen asiduo no ha revelado en ella de manera indubitable ninguna nueva manifestación. La forma actual del volcanismo terrestre ha sido para el volcanismo lunar una forma final. Marchamos por un camino en el cual hemos sido precedidos por nuestro satélite.

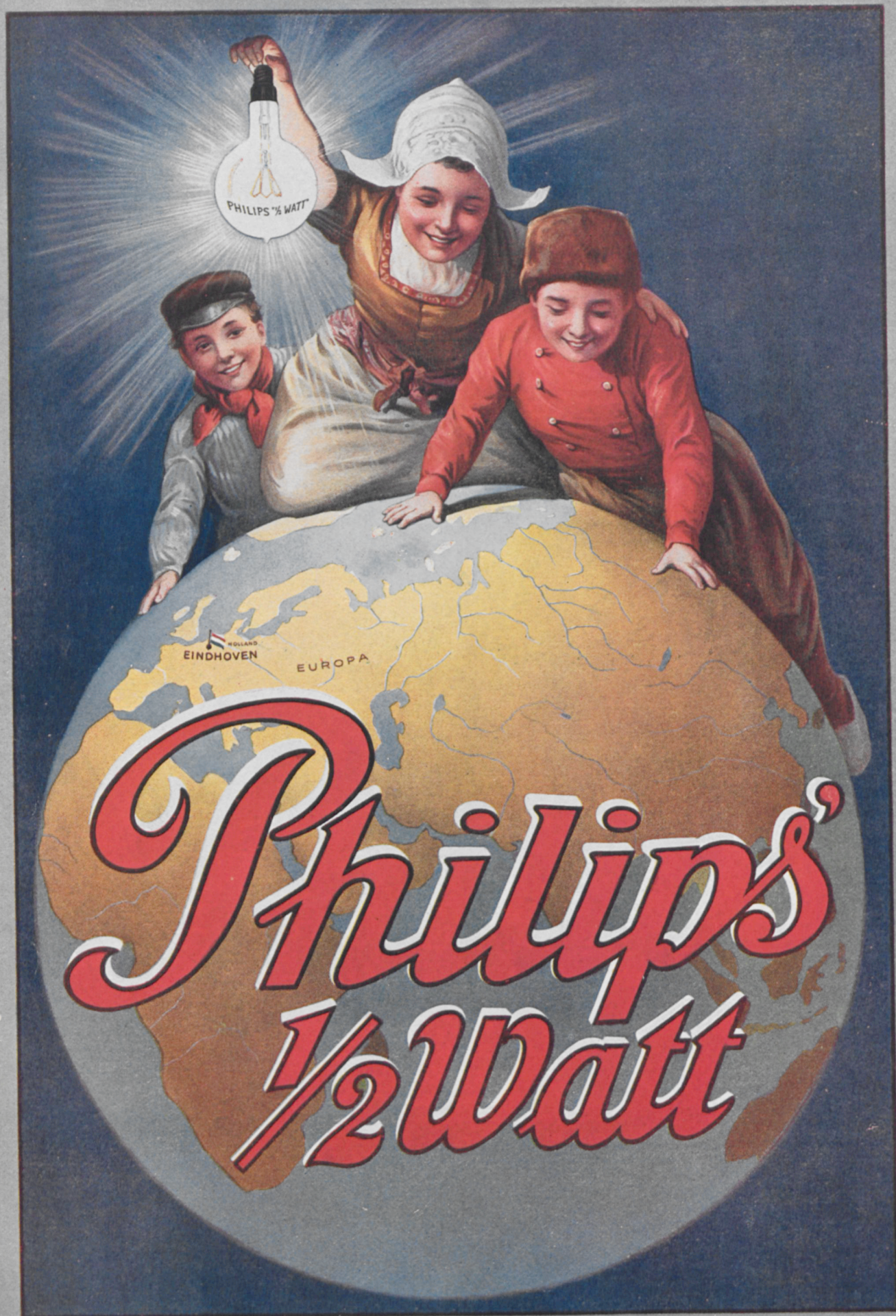
Parece, pues, probable que las sacudidas de la Tierra están en camino de extinguirse, o por lo menos se detendrán antes de haber comprometido seriamente la envoltura sólida que nos sostiene. La fuerza generatriz de los océanos y de las montañas está adormecida y no despertará más que bajo una señal salida del Sol. Pero esa señal vendrá inevitablemente. Más inestable que otro planeta alguno, el astro central impondrá, después de haberla experimentado por sí mismo, una transformación a todo su cortejo.



Tratándose de un producto tan
exquisito, tan puro, tan con-
centrado como

PABST

no es posible dudar en la elec-
ción. Pabst es un extracto ex-
clusivo, que puede tener simila-
res pero nunca rivales.



lámparas eléctricas de alta calidad

